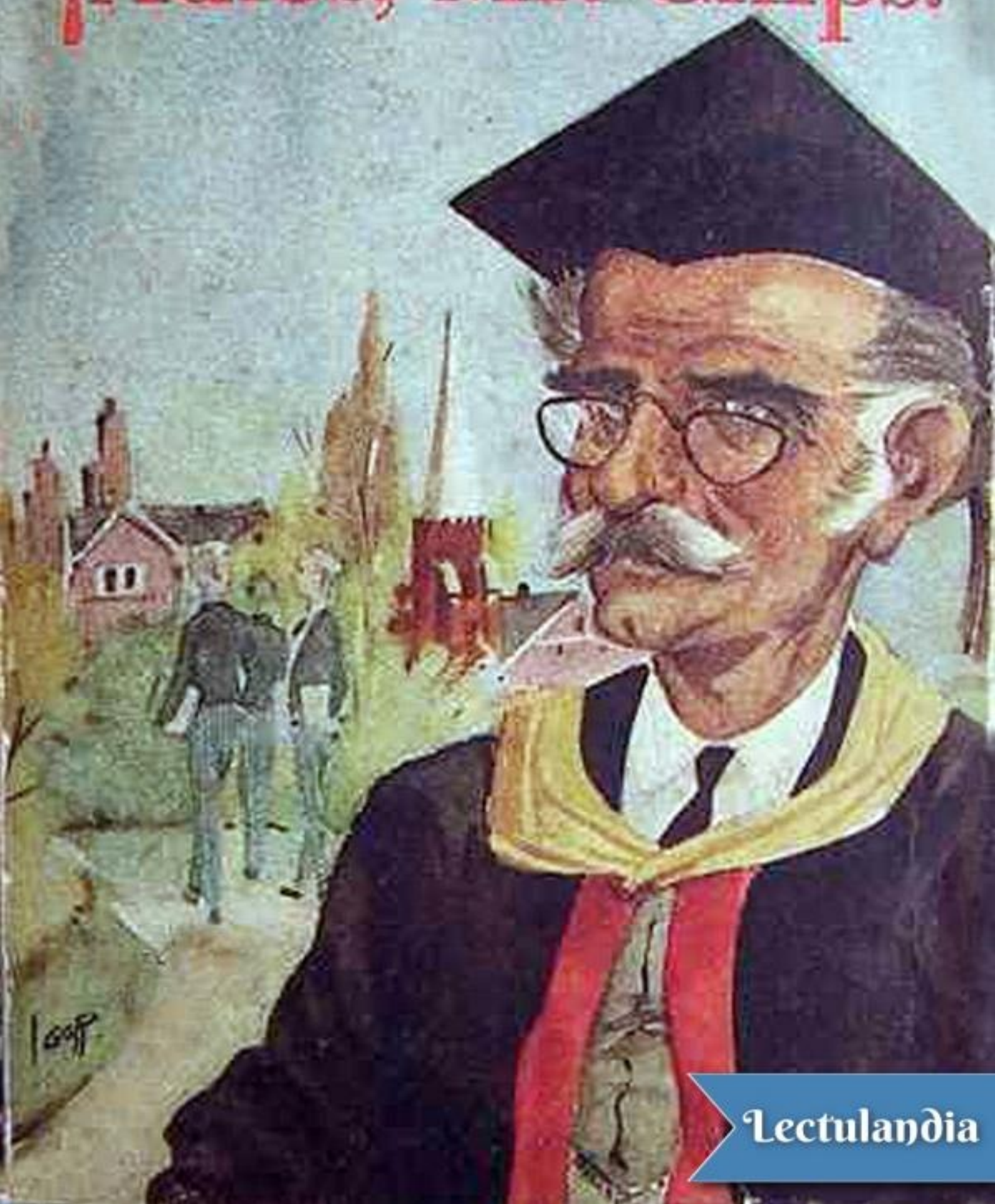


James Hilton

¡Adiós, Mr. Chips!



Lectulandia

El escritor inglés James Hilton nació en 1900 en Lancashire, Inglaterra, y falleció en California, Estados Unidos, en 1954. A pesar de ser un escritor que no figura en las grandes historias de la literatura, posee miles de admiradores juveniles en todas partes del mundo, que se sienten fascinados por sus libros de aventuras. Entre ellos, el más conocido es *Horizonte perdido* (1933), donde se narra la historia de un antiguo monasterio budista, habitado por una reducida comunidad de lamas que intenta conservar los tesoros de la civilización, amenazados por la violencia de «una época en que el ser humano, al regocijarse con la técnica del homicidio, derramará una rabia tan ardiente sobre el mundo que toda cosa preciosa estará en peligro».

Pero su obra más popular es *¡Adiós Mr. Chips!* (llevada al cine en varias ocasiones), el relato sobre un modesto profesor en una escuela provinciana de Brookfield, que ve pasar generaciones enteras de alumnos y que vive una vida basada en los recuerdos y en las tradiciones escolares. La sencillez de la novela, así como lo conmovedor de su argumento, la han convertido en un pequeño clásico del siglo xx. James Hilton fue hijo de un maestro de escuela y es posible que la novela tenga ribetes autobiográficos.

Lectulandia

James Hilton

¡Adiós Mr. Chips!

ePub r1.1

Hechadelluvia 29.04.14

Título original: *Goodbye, Mr. Chips!*

James Hilton, 1934

Traducción: Juan Sergio Cruz

Editor digital: Hechadelluvia

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Cuando se va entrando en años (no con fallas de salud, naturalmente), suele sentirse una gran somnolencia y las horas pasan como ganados moviéndose perezosamente a través de paisajes lejanos. Así transcurrían las tardes de otoño de Chips, cuando se iban acortando los días, hasta que oscurecía y había que dar la luz antes de la comida. Chips, como los antiguos capitanes de mar, anclados en sus retiros mediterráneos, seguía midiendo el tiempo por los signos de antaño, lo que podía hacer muy fácilmente, ya que vivía en casa de la señora Wickett, frente al colegio de Brookfield, el barco en que había navegado tantos años. Hacía ya diez que Mr. Chips se hospedaba en Casa de la señora Wickett, desde que había dejado su magisterio; y ambos preferían la hora de Brookfield a la de Greenwich para regir sus días. La voz temblorosa, pero de elevado diapasón de Mr. Chips, esa voz que aún conservaba el brillante prestigio de una alegría interior, se dejaba oír, después de una cabeceada:

—¿Querría usted traerme una taza de té, antes de dormir, Mrs. Wickett?

Cuando se va envejeciendo, no hay mayor placer que sentarse junto al fuego, saborear tranquilamente su taza de té y escuchar la campana del colegio, llena de evocaciones, llamando a los niños a la comida, a recogerse luego a los dormitorios, al silencio y a apagar las luces. Chips, por la fuerza de la costumbre, seguía este mismo ritmo. Al sonar la última campanada, daba cuerda a su gran reloj de pared, colocaba la cortina metálica ante la estufa, extinguía el gas y se iba al lecho con una novela policial. Pocas veces alcanzaba a leer más de una página. Pronto llegaba el sueño de puntillas, suavemente, más bien como una mística intensificación de las percepciones que como el paso al mundo de las sombras. Sus días y sus noches estaban colmados de sueños.

Sin ninguna enfermedad iba entrando en los años: seguramente, como decía el doctor Merivale, su salud era normal.

—Mi querido amigo, está usted en mejores condiciones que yo —le aseguraba, mientras bebían juntos una copa de jerez, durante sus visitas nocturnas—. Usted ha pasado ya la edad en que sobrevienen las grandes enfermedades; es usted uno de los pocos hombres afortunados que habrán de morir de muerte natural. Y esto, si es que llega a morir. Es usted el viejo muchacho más notable que he conocido.

Pero cuando Chips se resfriaba o soplaban el fuerte viento del este sobre las tierras pantanosas, Merivale llevaba a Mrs. Wickett a la galería y le susurraba al oído:

—Cúdelo, ya sabe usted..., su pecho presiona el corazón. Realmente no es que tenga nada malo: es la acción de los años, a la larga, la más fatal de las enfermedades.

¡La acción de los años! Y sí que eran muchos. Nacido en 1848, había visto en su infancia la Gran Exposición, y no existían muchos que hubieran podido jactarse de

ello. Chips recordaba también el colegio de Brookfield en los tiempos del rector Wetherby. Era un fenómeno de recuerdos Mr. Chips. Había llegado al colegio el año 1870, fecha fácil de recordar por la guerra franco-prusiana. Habíase venido a Brookfield después de soportar un año en Melbury, muy a disgusto, ya que hubo de pasar allí grandes molestias. Pero Brookfield sí que le agradó, casi desde el comienzo. Recordaba claramente el día de la entrevista preliminar, un bello mediodía de junio. El aire lleno de aromas y el *plíck-plock del cricket* en la cancha. Brookfield jugaba contra Barnhurst y un mofletudo muchachito del Barnhurst enteraba los cien puntos. Wetherby era muy paternal y cortés. Debía estar ya algo enfermo, pues murió en las vacaciones de verano, antes de que Chips empezara su primer curso. Pero ambos se conocieron y hablaron varias veces.

Sentado junto al fuego en su retiro, en casa de la señora Wickett, pensaba a menudo Mr. Chips que él era el único ser viviente que guardaba un recuerdo fiel del viejo Wetherby... De modo vívido se reflejaba como un cuadro en su mente aquel día de verano en que el sol iluminaba con sus rayos el polvo del estudio de Wetherby.

—Es usted muy joven, Mr. Chips, y Brookfield es una antigua fundación. La juventud y la vejez suelen realizar felices combinaciones. Entregue su entusiasmo a Brookfield y más de algo recibirá en compensación. Y no permita que los niños se jueguen demasiado con usted. Me parece que la disciplina no es el fuerte de Melbury, ¿no es así?

—Bueno..., quizás no, señor.

—No importa. Es usted muy joven todavía; todo es cuestión de experiencia. Tiene usted aquí otra oportunidad. Tome una actitud firme desde el principio: ese es el secreto.

Tal vez era así. Recordaba la terrible prueba de tomar a su cargo la sala de estudio, medio siglo atrás, en una tarde de septiembre. El Gran Hall, lleno de pequeños bárbaros impacientes por abalanzarse sobre él como su presa legítima.

Su juventud, su aspecto lozano, su alto cuello y sus patillas —moda singular de aquella época—, a merced de esos quinientos desalmados para quienes provocar y divertirse a costillas de los nuevos maestros constituía un arte refinado, un deporte excitante y algo así como una tradición. Muy cumplidos y corteses por separado, reunidos resultaban una comunidad implacable y temible. El regocijado murmullo cuando tomó colocación frente a su escritorio en la elevada tarima, la frialdad que aparentó para disimular su turbación, el tictac del alto reloj a su espalda y el olor a tinta y barniz fresco; recordaba cómo los últimos rayos del crepúsculo se filtraban a través de los cristales empavonados. Alguien dejó caer con fuerza la cubierta de su pupitre. Rápidamente hubo de cogerlos de sorpresa; necesitaba demostrarles que no admitiría semejantes tonterías.

—¡A ver! Usted, el de la quinta columna, el del cabello rojo, ¿cómo se llama?

—Colley, señor.

—Bien, Colley, tiene usted cien líneas.

Ningún incidente después de eso. Había ganado su primer *round*.

Y años más tarde, cuando Colley era alcalde de la ciudad de Londres, baronet y varias cosas más, envió a su hijo —también colorín— a Brookfield, y Chips pudo decirle:

—Colley, su padre fue el primer alumno que yo castigué cuando llegué aquí, hace veinticinco años. Él lo mereció y también usted lo merece ahora.

Todos los niños se rieron y también el viejo Colley, cuando su hijo le refirió el episodio en su carta del domingo siguiente.

Pasaron muchos años, muchos años después de esto, y se presentó la ocasión de repetir la broma. Llegaba al colegio otro Colley, hijo del Colley que era hijo del primer Colley... Y Chips pudo decirle, marcando sus palabras con ese «¡hum, hum!» que había llegado a convenirse en un hábito para él:

—Colley, es usted, ¡hum, hum!, un espléndido ejemplo de tradición familiar. Recuerdo que su abuelo no quiso entender nunca el ablativo absoluto. Un muchacho muy porfiado su abuelo. Y su padre también, ¡hum! Él acostumbraba sentarse en aquel escritorio, cerca de la pared. Tampoco era mucho mejor. Pero creo, mi querido Colley, que es usted, ¡hum!, ¡el más tonto del lote!

Grandes carcajadas. Creciendo en los años, se permitía libertades y bromas que, en cierto sentido, resultaban melancólicas. Y mientras pasaba las veladas junto al fuego, cuando afuera las tempestades de otoño batían la colina, las ondas de alegría y de tristeza se reflejaban en su semblante hasta que brotaban las lágrimas. Cuando la señora Wickett llegaba con su taza de té, no sabía si el anciano había estado riendo o llorando. Tampoco lo sabía Mr. Chips.

Al otro lado del camino, tras un bosquecillo de olmos, se alza el colegio de Brookfield, cubiertos los muros de enredaderas enrojecidas por el otoño. Un grupo de edificios estilo siglo dieciocho, dispuestos en cuadrilátero, rodeado por canchas de deporte. Más allá la villa universitaria y la campiña abierta. Brookfield es una antigua fundación. Data desde la reina Isabel, y con un poco más de suerte se habría hecho tan famoso como Harrow. Pero ha llevado una vida desigual. Ha languidecido en algunas épocas, y en otras se ha encumbrado a la celebridad. En el reinado del primer Jorge, cuando soplaban vientos favorables, se alzaron los principales pabellones y se restauró lo antiguo. Desde las guerras napoleónicas hasta la reina Victoria, el colegio volvió a decaer en reputación y matrícula. Wetherby, en 1840, levantó su prestigio, pero no llegó a ser un colegio de primera línea. Fue un buen colegio de segunda fila. Muchas familias notables mandaban allí a sus hijos. Salieron de sus clases hombres ilustres, de los que empujan la historia de un pueblo. Jueces, magistrados, parlamentarios, administradores de las colonias, obispos y lores. Sin embargo, su gran producción era de comerciantes, manufactureros, profesionales, con una subida cuota de hidalgos campesinos y sacerdotes. Era de esa clase de colegios que la gente que se estima declara haber oído mencionar alguna vez. Pero si no hubiera sido un colegio de esta índole, Mr. Chips no habría llegado allí. Pues Mr. Chips, en el plano social y académico, era tan respetable, pero no más brillante que el colegio mismo. Se había demorado un poco en advertir esta semejanza. No porque fuera presuntuoso y vano, sino que a los veinte años era tan ambicioso como la mayoría de los jóvenes. Su sueño fue llegar a rector o decano de un colegio de primera categoría. Lentamente, después de algunos ensayos frustrados, se convenció de la limitación de sus posibilidades. No se había graduado en forma sobresaliente, y su disciplina, que mejoraba en muchos aspectos con el tiempo, no era pareja en todos los ramos. Carecía de recursos propios y de relaciones familiares importantes. Hacia el año 1880, después de enterar diez años en Brookfield, se empezó a dar cuenta de que no era fácil mejorar de suerte mudando de ubicación, pero por esa época se fue hallando cada vez más a gusto donde estaba. A los cuarenta años de edad, había echado raíces allí y se sentía muy feliz en ese medio. A los cincuenta era el decano del profesorado. A los sesenta años era la personificación del colegio, el huésped de honor en todas las reuniones de los ex alumnos, el juez supremo en todo lo relativo a la historia y las tradiciones del establecimiento. Y en 1913, cuando enteró los sesenta y cinco, se retiró, recibió un buen cheque, una asignación anual, un gran reloj de pared y un hermoso escritorio, y se fue a vivir al otro lado del camino, en casa de la señora Wickett, ex gobernante de Brookfield. Una carrera honorable, decentemente

terminada. «¡Tres hurras por Mr. Chips!», gritaron todos en la alegre comida de despedida. Tres hurras por el viejo Chips. Pero no estaba todo concluido. Faltaba un epílogo inesperado, una nueva representación ante una audiencia trágica.

La pieza que arrendó Chips, en casa de la señora Wickett, era muy confortable y asoleada. La casa era de mal gusto y presuntuosa, pero eso no le importaba; le convenía, y eso era lo esencial. Cuando el tiempo estaba bueno, le gustaba cruzar el camino e irse a los campos de deportes, a presenciar las partidas de los muchachos. Le gustaba charlar y bromear un poco con los niños, cuando se descubrían a su paso. Quería saber los nombres de todos los nuevos alumnos y tenerlos a tomar té en su compañía, durante su primer curso. Encargaba siempre tortas, queques o sorbete helado al pueblo vecino, para servir a sus pequeños visitantes. Sus huéspedes se reían al verlo preparar un té de uso particular, mezcla de varias clases. Trataba a los niños con mucha solicitud, y luego de conversar con ellos una hora larga, cuando sonaba la campana de las cinco, que les llamaba a los estudios vespertinos, se alzaba y decía muy cordialmente: «Muy bien, ¡hum!, mi amiguito. He tenido un gran placer, ¡hum!, en su compañía. Siento que no pueda usted permanecer más tiempo»... Y les sonreía y estrechaba sus manos en el porche, mirándolos correr por el camino del colegio, mientras hacían sus comentarios: «Admirable viejo, Chips, nos invita a un agradable té de vez en vez y uno «sabe» cuando él quiere despedirnos».

Chips, por su parte, hacía sus comentarios a la señora Wickett, que venía a retirar los despojos de la colación.

—Pasé un rato muy agradable, señora Wickett. El pequeño Branksome, ¡hum!, me contó que su tío es el mayor Collingwood, el que tuvimos aquí, ¡hum!, hace algunos años. Recuerdo a Collingwood muy bien. Una vez lo castigué, ¡hum!, por subirse al techo del gimnasio para sacar una pelota de la canal. Pudo haberse quebrado, ¡hum!, el cuello, el locuelo. ¿Se acuerda usted de él, señora Wickett? Debe haber sido en su tiempo.

La señora Wickett, antes de ahorrar su capitalito, había estado a cargo de la ropería en el colegio.

—Lo recuerdo muy bien, señor. Era muy travieso, pero jamás me faltaba el respeto. No hacía daño a nadie con sus travesuras, como todos los muchachos alegres y espontáneos. ¿No fue él quien se sacó una medalla?

—Sí. Y de primera clase, en su curso.

—¿Desea usted algo más, Mr. Chips?

—Nada más, hasta la hora de la comida. Collingwood fue muerto en Egipto, según creo...

Una vida plácida y agradable la que llevaba Chips en casa de la antigua gobernante. Su jubilación era suficiente para sus gastos. Tenía para sus necesidades y economizaba un poco. Su pieza estaba dispuesta con gusto y sencillez. Algunos

estantes con libros. Útiles de deportes. Algunos cuadros y muchos retratos de niños y ex alumnos que la vida había dispersado en todos los oficios y rincones del mundo. Había allí muchos marinos, militares, comerciantes y funcionarios. Así las paredes de la estancia del viejo maestro se iban llenando de recuerdos y trofeos que sus discípulos le enviaban de países lejanos. Grandes y cómodos sillones. Vistas de la Acrópolis y el Foro. Casi todo lo había traído de su pieza de profesor en el colegio. Los libros eran en su mayor parte clásicos. Los clásicos eran su devoción. También había bastante de historia. Había también un estante lleno de novelas policiales. Le regocijaba esta lectura fácil. Algunas veces cogía a Virgilio o Jenofonte y los hojeaba un momento, pero luego estaba de vuelta con Nick Carter o Sherlock Holmes. A pesar de sus largos años de enseñanza, no era erudito en los clásicos griegos y latinos. Miraba el griego y latín como lenguas muertas, de las que un *gentlemen* debe saber algunas citas eficaces y oportunas, para coronar sus argumentos, más que como lenguas vivas que fueron usadas un día por los pueblos. Gustaba mucho de esos editoriales del «Times», que incluyen citas usuales en latín.

Y así pasaban los días serenos y fáciles de Mr. Chips, con sus honestos placeres de la conversación, la lectura y los recuerdos. Un buen viejo, blanca la cabellera, un tanto raleada, vivo y activo para sus años, muy aficionado al té, cariñoso con sus visitantes, ocupado siempre de reunir datos para las memorias anuales del colegio, escribiendo sus cartas en rasgos claros, aunque inseguros. Recibía a la hora del té a los nuevos maestros y a los alumnos recién llegados. Ese invierno habían llegado dos profesores jóvenes, que fueron pronto invitados a tomar el té con Mr. Chips. Los trató con su cordialidad más exquisita, pues sabía por experiencia propia la dificultad de ambientarse en un colegio por primera vez. Para los chicos que abandonaban recién sus hogares, Chips era aún más deferente, tratando de dar en su departamento a esos infantes una sensación de hogar. «Todo un carácter, un tipo curioso» comentaban sus visitantes a la salida. «¡Tanto trabajo que se da para mezclar sus diferentes clases de té! Un solterón original».

Éste era un profundo error. Chips no era un solterón. Había sido casado. Pero enviudó muy pronto, y ya nadie en Brookfield se acordaba de su esposa.

Entre las nubes del aroma del té, junto al fuego amable de la estufa, circulaban por la memoria de Mr. Chips bandadas de recuerdos de los viejos tiempos. La primavera de 1896. Tenía entonces 48 años. Edad en que las costumbres principian a convertirse en hábitos permanentes. Había sido nombrado profesor jefe de curso, con lo cual su situación en el colegio era envidiable. En las vacaciones de verano fue con su colega Rowden al País de los Lagos. Recorrieron la comarca y treparon a las montañas durante una semana. Luego Rowden se ausentó por un llamado de su familia. Chips se quedó en Wasdale, alojado en una pequeña finca.

Un día, subiendo el Gran Gable, vio que una niña agitaba un pañuelo desde el borde de un picacho. Temiendo que estuviera en peligro, se apuró en subir, con tan mala suerte, que resbaló y se dislocó un tobillo. Y resultó que la niña no corría apuro alguno, sino que estaba haciendo señas con el pañuelo a un compañero de excursión, retardado más abajo. Ella era una experta alpinista, mejor que Chips, que no lo hacía mal. Chips pasó a ser la víctima atendida por la dama. En ninguno de estos dos papeles, como auxiliador o auxiliado por una mujer, se sentía bien Mr. Chips. Le preocupaban poco las mujeres. Y la mujer moderna, que pasaba a ser uno de los temas favoritos de ese fin de siglo, no le despertaba simpatía. Más bien le causaba horror. Era un hombre tranquilo, convencional, enemigo de las perturbaciones. Desde su retiro de Brookfield, miraba el mundo profano, lleno de vanas y desagradables preocupaciones. Un tal Bernard Shaw daba a conocerlas más absurdas y peligrosas opiniones. Ibsen presentaba al teatro obras perturbadoras, que iban contra las costumbres y creencias habituales. Las mujeres andaban en bicicleta lo mismo que los hombres. Chips miraba con disgusto todas estas novedades y libertades. Tenía un vago concepto de que la mujer debe ser delicada, tímida y discreta, y que los caballeros deben tratarlas en forma cumplida y caballerosa. No había esperado encontrar una mujer en la cumbre del Gran Gable. Pero ya que había una y parecía requerir una ayuda varonil, resultaba aún más penosa esa inversión de los papeles; ella y su amigo hubieron de ayudarlo. Porque Chips apenas podía andar y resultaba muy difícil conducirlo en descenso sobre el rastro hacia Wasdale.

La joven se llamaba Catalina Bridges y tenía veinticinco años. Podía ser hija de Mr. Chips. Tenía ojos azules y chispeantes, rosadas mejillas y hermosa cabellera color paja. Estaba hospedada también en una finca, en compañía de una amiga. Considerándose responsable del accidente de Mr. Chips, iba en su bicicleta a hacer frecuentes visitas al hombre maduro y serio que reposaba en su lecho, en una pieza con vista al lago.

Así fue como ella se ocupó de él por primera vez. Y él, al verla en su bicicleta por

la orilla del lago, yendo a visitar sin miedo alguno a un hombre solo, en el *hall* donde pasaba sus días de postración, se daba cuenta vagamente de que sobrevénía otra época. Su postración lo dejaba a merced de su visitante, y luego se fue acostumbrando a estas visitas de la muchacha moderna. Era una institutriz que disfrutaba de vacaciones. Leía y admiraba a Ibsen; creía que las mujeres deben ser admitidas en las universidades. Pensaba también que debían tener voto. En política, era radical, con tendencia a las doctrinas de Bernard Shaw y William Morris. En esas visitas, expuso a Chips todas sus ideas. Y éste no se acordó de contradecirla, pues la miraba como una niña aturdida y simpática, y él mismo no se había ocupado de ordenar sus argumentos sobre estos asuntos de última hora. Cuando Chips estuvo mejor, principiaron a hacer breves recorridos por el sendero que guiaba a una capilla vecina. Había allí un banco, bajo unos viejos olmos, donde Chips se sentaba a reposar su pie, mientras la niña hablaba con entusiasmo, para despertar su inclinación a las innovaciones. No se podía desconocer que era hermosa, y el hombre maduro admiraba en ella su frescura juvenil, su entusiasmo vital, su fe en un futuro mejor, más que la solidez de sus razones.

Nunca había conocido una mujer semejante. Siempre había creído que la mujer moderna, curioso engendro fin de siglo, le iba a repeler. Y allí estaba esa mujer moderna, que se alejaba en su bicicleta por la orilla del lago, mientras él seguía atento su ágil silueta y pensaba si volvería al día siguiente. Ella tampoco había encontrado a un hombre como él. Había pensado siempre que los hombres maduros, que leen el «Times» y se oponen a las innovaciones, eran rígidos y antipáticos. Sin embargo, Mr. Chips despertaba su interés sobre los muchachos presuntuosos de su generación. Le gustó al principio, por la firmeza de sus convicciones, por sus modales afables y tranquilos, porque sus opiniones eran anacrónicas —databan de veinte o treinta años atrás—, de una época formal y absurda, pero estaban llenas de sinceridad y honradez. Y también... porque sus ojos eran cafés, y sonriendo parecía encantador.

—Por cierto que lo llamaré también Chips —dijo ella, cuando supo que así se llamaba en el colegio, en confianza.

Antes de una semana, estaban ambos perdidamente enamorados. Antes que Chips dejara su bastón de inválido, se consideraban novios. Y se casaron en Londres, una semana antes del curso de otoño.

En su lenta y serena ancianidad, recordando Mr. Chips en su habitación de la casa de la señora Wickett aquellos días de su idilio, tan llenos de acontecimientos, época en que se había intensificado tanto su vida emocional y afectiva, no acertaba a cuál de sus tobillos le debía tan señalado servicio. Así se evadían de su memoria los detalles de aquel episodio trivial, que había tenido tan importantes consecuencias en su vida. No recordaba con que pie había entrado al paraíso de su amor, pero todo lo demás estaba presente en su memoria, con nitidez meridiana. Veía el nevado y deslumbrante cono del Gable, los profundos abismos de verdura que lo circundaban. Volvía a respirar el olor de la tierra mojada y seguía la cinta del sendero que trepaba a la cumbre de Sty. Todo se había grabado con nitidez perfecta. El escenario y los hechos de aquellos días henchidos de ventura. Los atardeceres junto al lago, los panoramas de nieve, agua y vegetal. Su fresca voz y sus alegres risas, despertando los ecos del paisaje inmóvil y transparente. Ella había sido siempre muy risueña y alegre.

Ambos habían planeado su futuro con impaciencia y ansiedad. Ella, dichosa. Él, feliz, pero no poco desorientado. Sin duda, serían bien recibidos en Brookfield. Otros profesores eran casados. Y a ella le gustaban mucho los niños y viviría feliz entre ellos.

—¡Oh, mi buen Chips, me siento tan feliz de que seas profesor! Temía que fueras un comerciante, un dentista, un tenedor de libros o un tejedor de algodón de Manchester. Esto temía en nuestro primer encuentro. El oficio de profesor es tan diferente, tanto más importante, ¿no es así? Ayudar a formar a los que están creciendo y que van a generar la sociedad de mañana.

Chips dijo que él no había tomado sus funciones con tanta seriedad. Hacía las cosas lo mejor que podía, y eso era todo.

—Es verdad, Chips, y te amo también, porque dices cosas sencillas y buena como ésas.

Una mañana se había sentido empujado a despreciar su vida y todo lo que le rodeaba. Recordaba este pasaje con la misma cristalina nitidez. Le había contado que sus notas de estudiante no habían sido sobresalientes, de su dificultad para adaptarse a la disciplina escolar, de las escasas esperanzas de mejorar de situación y de su ineptitud para colmar las expectativas de una joven ambiciosa. Y ella había soltado la risa por toda respuesta.

Ella había perdido a sus padres y el matrimonio se efectuó en la casa de una tía, en Ealing. La noche antes de la boda, cuando Chips regresó a su hotel, ella habló con cómica gravedad:

—Ésta última despedida de solteros es una ocasión solemne para nosotros. Me

siento un poco como un nuevo alumno que va a empezar su curso contigo. No sé si en adelante debo tratarte de señor, o de Mr. Chips, como lo hacen los alumnos en la clase.

—Mr. Chips —contestó éste.

—Buenas noches, entonces, Mr. Chips. ¡Buenas noches, Mr. Chips!

Y mientras el profesor se alejaba en un ómnibus, mirando el pavimento pulido por la lluvia, y los chiquillos gritaban los diarios con las últimas novedades, la argentina despedida de la muchacha seguía resonando en sus oídos: «¡Buenas noches, Mr. Chips!».

Había seguido después un período tan dichoso, que Mr. Chips, recordándolo muchos años después, creía difícil que hubiera existido, o pudiera existir en el futuro para alguien. Su matrimonio fue un éxito completo. Catalina conquistó a Brookfield, como había conquistado a Chips. Se hizo muy popular y querida entre profesores y alumnos. Aun las esposas de los maestros, algo celosas al principio de una joven tan hermosa, no pudieron resistir a sus encantos.

Pero lo más notable fue el cambio que Catalina operó en Chips. Hasta su matrimonio, éste había sido un hombre algo distanciado y solitario, considerado y respetado en general en Brookfield, pero no de la pasta que hace las grandes simpatías y las grandes popularidades. Había estado en Brookfield cerca de un cuarto de siglo, lo suficiente para acreditarse como trabajador sufrido y hombre honesto. Pero ese tiempo bastaba para que le asignaran ya una condición y una capacidad determinadas. Había principiado a cristalizar en él el tipo del viejo pedagogo, en quien la función educadora se mecaniza y deshumaniza, y que es una de las peores creaciones de la enseñanza. La repetición constante de las mismas lecciones había concluido por canalizar su mente en cierto sentido, y todo lo demás de la vida pasaba por allí sin mayor huella. Trabajaba bien, era celoso y consciente de su deber, era un elemento en que se podía confiar. Era útil y eficaz en su puesto, pero no una fuerza inspiradora.

Y entonces llegó la joven esposa que nadie esperaba, y menos Mr. Chips. Hizo de él un hombre nuevo, a juicio de todos. Sin embargo, mucho de lo que salía a luz al golpe de la varilla mágica del hada estaba postergado y aprisionado en su interior. Era una liberación de sentimientos y capacidades aletargados por la vida rutinaria del célibe. Brillaron más sus ojos. Su mente, que estaba bien equipada, principió a moverse con soltura y gracia. Lo que siempre había tenido, un sentido del humor, floreció con una riqueza y espontaneidad que los años fueron después sazizando. Sintió más seguridad y confianza en sí mismo. Su disciplina se hizo más elástica y firme. Fue más popular en el colegio. Al llegar a Brookfield, había anhelado ser querido, honrado y obedecido. Se le obedecía. Los honores no le faltaron. Pero el cariño de los niños sólo llegó ahora, el cariño espontáneo de los niños por un hombre bondadoso, sin debilidad, que los comprendía sentimentalmente y que ligaba a la de ellos su propia dicha. Principió a hacer bromas y decir chistes, de esos que los niños aman; ocurrencias y relatos que hacen reír y dejan algo en la memoria. Había una salida que no fallaba nunca. Cuando explicaba en historia romana la Ley Canuleya, que permitió el matrimonio de los patricios con las plebeyas, Chips solía agregar: «Así, cuando la señorita Plebeya quería casarse con el señor Patricio, y éste le

respondía que sentía mucho no poder hacerlo, aquélla le contestaba con propiedad: — No, señor, usted miente. Usted "puede" hacerlo». Risas de los niños.

Y Catalina amplió sus opiniones y su horizonte, dándole una visión que llegaba mucho más allá de las torres y bosques de Brookfield. Principió a considerar a su país como una entidad más vasta y noble, como un gran río, del cual el arroyo de Brookfield era solo un afluente. Ella era más inteligente que él, y no podía superar sus argumentos, aun cuando no estuviera de acuerdo con ellos. Siguió siendo un conservador en política, a pesar de toda la propaganda radical socialista de su mujer. Pero, aun cuando no aceptara muchas cosas, las asimilaba. El idealismo juvenil de su mujer actuó sobre su madurez, produciendo una amalgama dúctil y sabia.

Algunas veces ella logró persuadirlo y convencerlo. El colegio fue encargado de una misión social en el este de Londres: el barrio popular. Los niños y sus padres contribuyeron generosamente con su dinero, pero raras veces con su contacto personal. Catalina sugirió la necesidad de invitar a uno de los *teams* de los hijos de los trabajadores del este a Brookfield a jugar unas partidas con los del establecimiento. La idea era tan revolucionaria, tan contraria a las tradiciones del colegio, que fue recibida con frialdad glacial. Sólo Catalina podía tener voluntad suficiente para insistir. Mezclar un lote de muchachos pobres con los hijos de la gente acomodada, y todavía en las canchas de deporte, que son el campo de las tradiciones y las reglas de la nobleza, era un absurdo que más valía no mencionar. Todo el personal se manifestó contrario en un bloque. Y los alumnos seguramente habrían resuelto lo mismo al ser consultados. Todos pensaban que los muchachos del suburbio londinense eran unos desastrados y se sentirían muy mal en ese otro ambiente. Habría en el juego incidentes molestos y todos se hallarían incómodos. Pero Catalina insistió.

—Todos están equivocados, Chips. Yo miro hacia adelante, ustedes miran hacia el pasado. Inglaterra no va a estar dividida siempre en categorías y clases sociales. Y esos niños del suburbio de Londres tienen tanta importancia para el país como los de Brookfield. Y debemos recibirlos aquí, como si fueran los jóvenes de Eton o Cambridge. No podemos calmar nuestras conciencias dándoles un cheque por algunas guineas y mantenerlos a la distancia. Además, toda esa gente está orgullosa de Brookfield, como lo están ustedes. Años más tarde, algunos de esos niños vendrán a estudiar aquí. ¿Por qué no? Estamos en 1897, no en 1876, cuando tú estudiabas en Cambridge. Tus convicciones son de esa época. Muchas de ellas son honradas y nobles, y subsisten intactas; pero algunas, «algunas», Chips, necesitan ser modificadas.

Con gran sorpresa de Catalina, Chips se dejó convencer y pasó a ser un ardiente abogado del proyecto. Y el cambio de frente fue tan inesperado, que cogió de improviso a todos y se transigió con la peligrosa experiencia. Los niños de Londres

llegaron a Brookfield un sábado en la tarde, jugaron al fútbol y al golf con los teams del colegio. Fueron honorablemente derrotados y luego se sirvieron un lunch con alumnos y profesores. Fueron atendidos por el rector y visitaron todo el colegio. Chips los despidió en la estación en la noche. Todo había pasado en forma caballerosa y correcta, y los visitantes se llevaron tan buena impresión como la dejada a su paso. Se llevaron también el recuerdo de una mujer encantadora, que los había atendido y mimado con cariño.

Algunos años después, durante la Gran Guerra, un oficial acantonado en las vecindades de Brookfield visitó a Chips y dijo que había sido uno de los muchachos de aquella partida. Chips lo invitó a su té mezclado y conversaron largamente. Al despedirse, el joven preguntó por la señora, diciendo que la recordaba muy bien.

—¿La recuerda usted? —preguntó ansiosamente Chips—. ¿Se acuerda usted de ella todavía?

—Naturalmente. Y creo que la recuerdan todos los que vinimos entonces.

—Ya nadie la recuerda aquí —dijo Chips—. Los niños vienen y se van pronto. Los profesores tampoco duran largos años. El año pasado se fue el viejo Gribble, jefe del repostero, ¡hum!, el último que había conocido a mi mujer. Ya nadie la ha conocido en Brookfield. Ella murió al año siguiente de vuestra visita. En 1898.

—Me da verdadera pena oír esto, Mr. Chips. Muchos de mis compañeros de entonces la recuerdan lo mismo que yo, aunque la vimos sólo esa tarde. La recordamos perfectamente.

—Me alegro mucho de saberlo... Fue una tarde muy feliz para todos. Y muy buenas partidas, también...

—Uno de los días mejores de mi vida ¡Cuánto mejor que estuviéramos en esos tiempos y no en estos! Mañana parto para Francia con mi regimiento.

Poco después, Chips supo que había caído en el Marne.

Catalina era un paréntesis de luz y de emociones en sus recuerdos. A la oración, cuando la campana del colegio llamaba a los niños a recogerse, la penumbra y la intimidad de la chimenea traían el enjambre de sus tiernas memorias. Catalina discurriendo por los corredores de la casa, riendo a sus espaldas de «los patos» de los cuadernos que él corregía, ensayando el chelo para los conciertos del colegio. Su brazo albo ondulaba como un cuello de cisne sobre la caja oscura del instrumento. Había sido una excelente música. Y la recordaba con su traje de gala para las grandes fiestas del colegio, en el *garden-party* que seguía a la distribución de premios, dándole pequeños consejos en los asuntos de la vida diaria. Consejos que no siempre seguía, pero que dejaban su saludable influencia.

—Querido Chips, yo los habría dejado ir, en tu caso. No era una falta grave.

—Mucho me gustaría dejarlos ir a jugar. Pero temo que la falta se repita si así lo hago.

—Diles eso mismo, y dales una oportunidad de reaccionar solos.

—Lo voy a hacer.

Y había asuntos más serios a veces.

—Tú comprendes, Chips. Tener a estos centenares de niños encerrados en las clases es algo antinatural, si se piensa en ello. Por eso, no es justo a veces castigarlos cuando ocurre algo contrario a la disciplina del colegio. Es violento para los niños estar sentados en sus bancos durante horas y reprimir sus alegres impulsos.

—Es probable que tengas razón. Pero ¿cómo vamos a mantener la disciplina en la clase si dejamos que los niños den expansión a sus impulsos? Una oveja negra puede contaminar a las otras. La tolerancia con las faltas, sobre todo cuando se relacionan con la moral, es funesta. Brookfield es uno de los mejores colegios. Mayor razón para ser estrictos en materia de disciplina.

—Cuando un niño ha sido contaminado por otros —porque hay que suponer que no ha nacido malo—, debemos tratar de enmendarlo, pero no exponerlo a la vergüenza y a las burlas de sus compañeros, lo que puede relajarlo más. No soy partidaria de esos castigos humillantes, que consisten en poner a un niño un cucurucho, una bata de luto y dejarle de pie, junto a un pilar. Un niño que ha sufrido esos castigos pierde la dignidad y se presta después para todo.

—Veremos qué resuelve el rector en este caso.

—No, Chips. Hay que tratar antes por todos los medios de convencer al niño y llevarlo por bien a la enmienda. ¿No es, por lo demás, un buen alumno?

—Sí. No hay nada que decir de él fuera de esta falta.

—Entonces, querido Chips, debe haber otro camino más benigno para corregirlo.

Sólo una en diez veces no cedía Chips a las razones de su mujer. Y cuando no transigía, solía lamentarlo más tarde. Muchos años después, cuando se veía en la necesidad de castigar a un niño, se entregaba a una serie de reminiscencias antes de proceder. El niño estaba allí de pie, esperando su sentencia, y si era observador, veía pasar las emociones por el rostro severo de Mr. Chips. Él no sabía que éste recordaba episodios análogos, anteriores a su nacimiento. Que Chips estaba pensando: «¡Ah, pequeño bandolero! Estaría colgado si hubiera de buscar razones para dejarte libre, pero sé muy bien que "ella" lo hubiera hecho».

Pero ella no siempre había intervenido por la lenidad. Hasta en algunos casos pedía severidad, dando mayor importancia a faltas que Mr. Chips consideraba leves.

—No me gusta este joven —solía decir—. Está demasiado envanecido. Es insolente. Si quiere guerra, hay que dársela.

¡Qué multitud de pequeños episodios, sepultados hondamente en el pasado, y que sólo aparecían de vez en cuando en la memoria de Chips! Problemas que habían sido angustiosos un día, discusiones que tuvieron su influencia en la evolución del colegio, anécdotas que tenían su gracia en el marco de los hechos y las circunstancias. ¿Tienen algún valor las emociones pasadas, cuando se ha borrado ya toda huella en la memoria? ¡Qué cúmulo de cosas acudían al recuerdo de Chips, buscando allí su último refugio, antes de naufragar en el olvido! Él sentía la necesidad de dar vida a todo ese pasado, de hospedarlo en su memoria, pues no había otro en Brookfield para evocar y hacer brotar del polvo esos tiempos. La renuncia de Archer, que ocupó mucho al colegio entero. Y la laucha que Dunster había colocado en el órgano, y que saltó al cuello del viejo Ogilvie. Ogilvie había muerto y Dunster se había ahogado en el combate de Jutlandia. Otros que habían presenciado el incidente tal vez lo habían olvidado. Y así había pasado con tantas otras cosas. Su memoria remontaba el vuelo no sólo a su pasado individual, sino al pasado de la nación. Pasaba por su mente la visión de millones de niños, desde los tiempos de la reina Isabel hasta ese día; generaciones y generaciones de maestros; largos períodos de la historia de Brookfield que no habían dejado ni el espectro de un recuerdo. ¿Quién sabía por qué la antigua sala del quinto año se llamaba la sala de Pit? Había tal vez alguna razón, pero se había olvidado, como los libros perdidos de Tito Livio. ¿Y qué había pasado en Brookfield, cuando Cromwell luchó en Naseby, a tan corta distancia? ¿Cómo reaccionó Brookfield ante la súbita irrupción de los Cuarenta y Cinco? ¿Cómo se celebró la victoria de Waterloo? Y así, hasta los tiempos que él había presenciado —1870—, y su única entrevista con Wetherby: «Hay que trabajar como si tuviéramos que entendernos nosotros mismos con los prusianos un día de estos, ¿no es verdad?».

Cuando Chips recordaba todas estas cosas, pensaba que las escribiría un día u otro. Y más de una vez principió a tomar notas en sus cuadernos. Pero luego se

encontraba con que la escritura le fatigaba el cerebro y la mano. Además, sus recuerdos perdían lo mejor de su sabor una vez escritos. La historia de Rushton y el saco de papas, por ejemplo, parecía incolora en el papel, y cuán graciosa había sido en su tiempo. Muy jocosa también resultaba al evocarla, aunque no se hubiera conocido a Rushton..., ¿y quién quedaba ya en el colegio que lo recordara? «Señora Wickett, ¿conoció usted a Rushton? Antes que usted llegara, él se fue a Borneo, o a Burma, no recuerdo bien... Fue uno de los alumnos más bromistas del colegio».

Y allí estaba el buen viejo, sentado ante la estufa, recordando episodios y soñando cosas que ya sólo a él le interesaban. Graciosos y tristes, cómicos y trágicos, todos se mezclaban en su cabeza, y algún día, por penoso que fuera tendría que consignarlos en un libro...

Siempre estaba fijo en su memoria ese lejano día de primavera de 1898. Había cruzado las calles de Brookfield en una pesadilla inverosímil y terrible, tratando de huir a un mundo donde aún brillara el sol y las cosas fueran distintas. El joven Faulkner lo había detenido en la cancha de tenis.

—Señor, ¿puede darme permiso por esta tarde? Va a llegar mi familia.

—¿Cómo? ¿De que se trata? ¡Ah! Sí. Puede usted faltar todo lo que quiera.

—¿Puedo faltar a la capilla en la oración, también?

—Sí... sí. No hay inconveniente.

—¿Y puedo ir a la estación a encontrarlos?

Estuvo a punto de contestarle: «Puede irse usted al diablo, si quiere. Nada me importa. Acaba de morir mi mujer, murió mi hija y ojalá hubiera muerto yo también».

No quiso ver a nadie ni recibir condolencias. Tenía que hacer su ánimo a lo sucedido antes de recibir cariñosas palabras y atenciones de los demás. Asistió al repaso de los alumnos de IV año, como de costumbre, dándoles trozos de gramática para aprender de memoria, mientras él permanecía en su silla, tiritando de frío y de angustia. De pronto, alguien había dicho:

—Señor, hay un lote de cartas para usted.

Allí estaban, en efecto. Había estado apoyando sus codos en ellas. Todas tenían su nombre en la cubierta. Las abrió una por una, pero solo contenían blancas hojas de papel. Pensó vagamente que eso era algo extraño, pero no dijo nada. El incidente apenas fue advertido, absorto en sus graves y dolorosas preocupaciones. Sólo algunos días después vino a darse cuenta de que era una broma de sus alumnos, que no sospechaban aún su desgracia.

Habían muerto el mismo día su mujer y su hija recién nacida, el primero de abril de 1898.

Chips cambió su cómodo departamento de casado por una antigua pieza de soltero. Pensó al principio renunciar a sus clases. Pero el rector lo disuadió. Y más tarde le encontró razón. El trabajo lo obligaba a ocuparse de algo, llenaba un vacío en su mente y en su corazón. Cambió mucho. Todos lo advirtieron. Así como el matrimonio había agregado algo a su carácter y a su mente, también la viudez le dejó una huella profunda. Pasados el primer estupor y la consternación inicial, pasó a ser uno de esos hombres que los niños llaman viejo. No es que hubiera perdido agilidad. Podía hacer siempre cincuenta puntos en el campo de cricket. No había perdido tampoco agudeza y seguridad en su trabajo. Su pelo venía poniéndose gris hacía tiempo, pero nadie lo había notado. Había llegado a la cincuentena. Una vez, después de una reñida partida de cricket, en que había hecho su parte con el vigor de los jóvenes, oyó que un niño decía a su espalda:

—No está mal para un viejo como él.

Cuando Chips había pasado ya de los ochenta, solía referir este episodio con muchos comentarios.

—¿Viejo a los cincuenta, eh? ¡Hum! Naylor fue el que dijo eso, y él mismo debe andar bordeando ahora la cincuentena. No sé si se siente viejo ahora. La última vez que supe de él, estaba actuando de abogado. Y los abogados viven muchos años, ¡hum! Halsbury fue canciller a los ochenta y dos, y murió a los noventa y nueve. Hay una edad para cada uno, ¡hum! ¡Viejo a los cincuenta años! ¡Hombres como éstos son demasiado jóvenes a los cincuenta! Yo a esa edad era solamente un niño...

Y había mucha verdad en todo eso. Con el nuevo siglo, se desarrolló en Chips una dulzura de carácter que fundió sus modales y sus bromas en una sola armonía. Ya no sintió las antiguas inquietudes sobre su disciplina, ni desconfió más de su trabajo y sus capacidades. La alta estima en que tenía a Brookfield se reflejó en él, dando motivo a una mayor estimación de sí mismo. Fue un aporte que le dio personalidad y libertad. Había ganado, con la edad y la madurez, una posición social y un rango civil. Había adquirido el derecho a esas excentricidades que son frecuentes en los viejos profesores y los antiguos sacerdotes. Usaba sus capas hasta que estaban tan remendadas, que apenas se tenían unidas. Y cuando tomaba colocación en el Gran Hall del colegio, y pasaba lista a los niños, después de los juegos del mediodía, parecía entregarse místicamente a un ritual. Tenía en sus manos la lista de todo el colegio, y a medida que cantaban sus nombres los niños pasaban a sus patios respectivos. La actitud de Mr. Chips, con sus anteojos ribeteados de oro, sus cejas alzadas, una más arriba que la otra, su mirada escrutadora, su continente investido de cómica gravedad, era uno de los personajes más característicos del colegio. A veces

se pasaba lista afuera, en las gradas del edificio principal. El viento agitaba la capa del viejo profesor; la lista, los anteojos y la toga se le descomponían. Era una visión fugaz y divertida para los niños, que volvían de sus juegos a los estudios de la tarde.

Muchos de esos nombres volvían después a su memoria sin esfuerzo alguno... Ainsworth, Attwood, Avemnore, Babcock, Baggs, Bassenthwaite, Battersby, Beccles, Bedford, Bentley, Best...

Otro pasaje: Unsley, Vailes, Wadham, Wagstaff, Wallington, Waters Primus, Waters Secundus, Watling, Waveney, Webb...

Algunas de estas listas formaban hermosos hexámetros u otras combinaciones rítmicas, como lo explicaba él a sus alumnos, y eran pasajes poéticos cuando los mismos alumnos cantaban sus nombres al entrar al edificio, después de sus juegos:

Lancaster, Latton, Lemare, Lytton-Bosworth, MacGonigall, Mansfield...

¿A dónde los había llevado la vida? Él había tenido en sus manos estos villanos, que el viento dispersó por todos los continentes, algunos al fracaso, otros al éxito, a los más diversos y singulares destinos. El oleaje caprichoso y cambiante de la vida dejaba perplejo y melancólico a Mr. Chips, pensando que nunca volverían a sonar esos coros de voces juveniles.

Y más allá de Brookfield, como se ve una montaña tras otra cuando se corre la neblina, él veía el mundo turbulento y agitado. Y lo veía un poco a través de los ojos de Catalina. Ésta no había alcanzado a transmitirle toda su intelectualidad, todo el brillo de su pensamiento, pero le había dado una serenidad y amplitud de juicio que se avenían bien con sus emociones internas. Por eso no compartía la agresividad de la opinión común contra los boers. No era proboers, era demasiado tradicionalista para eso, y los partidarios de los boers se le hacían sospechosos. Pero a veces pensaba que los boers estaban empeñados en una lucha que guardaba singular analogía con las empresas de algunos héroes ingleses, Hereward o Caractacus, por ejemplo. Una vez trató de mostrar esto a los alumnos del quinto año, pero creyeron que decía una de sus paradojas habituales.

Si era un herético en cuanto a los boers, era un ortodoxo respecto a Mr. Lloyd George y su famoso presupuesto. No se ocupaba de ninguno de los dos. Y cuando algunos años después Lloyd George asistió como huésped de honor a una fiesta de fin de año, Chips le dijo, al serle presentado:

—Mr. George, yo soy lo bastante viejo, ¡hum!, para recordar su juventud política. Y debo confesarle, ¡hum!, que, a mi juicio, ha progresado usted bastante y ahora soy su partidario.

El rector se sintió algo incómodo con esta salida, no así George, que se rió de buena gana y habló largamente con Mr. Chips.

—Muy de Mr. Chips —se comentó más tarde—. A esa edad, un hombre tiene el derecho de decir cualquier cosa y se toma por una excentricidad.

El año 1900, el viejo Meldrum, que había sucedido a Wetherby como rector y había desempeñado el cargo por tres décadas, murió repentinamente de neumonía, y mientras se designaba al propietario, Chips desempeñó interinamente el cargo. No había probabilidad de que el Consejo designara en propiedad a Mr. Chips. Éste tampoco ambicionaba el puesto. Se nombró rector a un joven de treinta y siete años, adornado con los más brillantes diplomas y grados. Adusto y severo, le bastaba alzar las cejas para reducir al silencio a todo el colegio reunido en el Gran Hall. Chips no se entendía bien con esta clase de gente, y comprendió desde luego que sus relaciones no serían muy cordiales. Él era de una especie mucho más benigna. No guardaba en su alma ningún residuo de ferocidad primitiva disimulada bajo la apariencia engañosa del rigor y la severidad.

Los años inmediatos fueron jalonados por episodios que se grabaron vivamente en su memoria.

Una mañana de mayo, la campana sonó a hora desusada y todos se reunieron en el Gran Hall. Ralston, el nuevo rector, penetrado de su importancia y lleno de gravedad pontifical, recorriendo el concurso con una mirada fría y severa, dejó caer lentamente estas solemnes palabras:

—Tengo el dolor de comunicarles que su Graciosa Majestad, el Rey Eduardo Séptimo, ha fallecido hoy en la mañana... No habrá clases esta tarde, pero se celebrará un oficio religioso en la capilla, a las cuatro.

Una mañana de verano, en la línea férrea cerca de Brookfield, los ferroviarios estaban en huelga, los soldados manejaban los trenes, los huelguistas habían roto los vidrios de algunos carros. Los alumnos de Brookfield patrullaban la línea, muy contentos de esta variante en sus actividades. Chips, que andaba a cargo de algunos, conversaba animadamente con un hombre junto a una verja. Se acercó un alumno.

—Tenga la bondad de decirme, señor, ¿qué debemos hacer si encontramos a un huelguista?

—¿Le gustaría a usted toparse con uno?

—No sabría decirle, señor...

El niño se había asustado con la pregunta, como si se tratara de fieras escapadas del zoológico.

—Bueno, aquí tiene usted a un huelguista. Mr. Jones es uno de ellos. Cuando trabaja, tiene a su cargo las señales en la estación. Usted ha puesto su vida en sus manos muchas veces.

La historia circuló por todo el colegio. Ahí estuvo Mr. Chips conversando con uno de los temibles huelguistas, como si hubieran sido viejos amigos.

Cuando Chips recordaba este pasaje, pensaba que Catalina habría aprobado su actitud.

Chips tenía fe en Inglaterra, en la sangre y los nervios ingleses, cualesquiera fuesen los tortuosos caminos que siguieran la política y los conflictos del mundo. La misión del colegio de Brookfield consistía en proyectarse en la vida inglesa con dignidad y proporción. Tenía la impresión de que los días fáciles habían pasado para Inglaterra y que se entraba en una época en que el más ligero error podía ser catastrófico. Recordaba el Jubileo de la reina Victoria. Hubo feriado en Brookfield y había ido a Londres en compañía de Catalina a presenciar el desfile.

Esa reina anciana y legendaria, sentada en su carruaje como una muñeca gorda y algo destartada, simbolizaba tantas cosas que, como ella, tocaban a su fin. ¿Era solo el fin del siglo o de una época?

Y luego la frenética década de Eduardo, como una lámpara que brilla más cuando está próxima a extinguirse.

Huelgas, *lockouts*, grandes banquetes y trabajadores cesantes, el conflicto chino, reformas aduaneras, *dreadnoughts*, Marconi, *Home Rule* para Irlanda, Doctor Crippen, sufragistas...

Una tarde de abril, azotada por el viento y la lluvia. El cuarto año traducía a Virgilio, no muy bien, pues había noticias inquietantes en los diarios. El joven Grayson estaba distraído, con el pensamiento ausente. Era un muchacho sensitivo y sereno.

—Grayson, tengo que hablar con usted a la salida.

Y luego:

—Grayson, no quiero ser severo con usted, porque su trabajo es siempre satisfactorio. Pero hoy parece que no ha puesto nada de su parte. ¿A que se debe esto? ¿Le ocurre algo?

—N... no, señor.

—Bueno, ¡hum! No hablemos más de esto, ¡hum!, pero mañana se portará usted mejor.

Al día siguiente se supo en el colegio que el padre de Grayson se había embarcado en el «Titanic» y que no había noticias suyas.

Se relevó a Grayson de todo trabajo, y por todo un día la atención emocional de Brookfield se fijó en el muchacho. Luego llegaron noticias de que Mr. Grayson estaba entre los salvados.

Chips estrechó las manos del niño.

—Muy bien, Grayson. Me alegro mucho de este feliz desenlace. Usted debe sentirse más a gusto con la vida ahora.

—S... sí, señor.

Un muchacho sensible y sereno. Años después se supo su fin en la Gran Guerra, y

entonces Mr. Chips compartió la tristeza del naufrago del «Titanic».

Y luego vino la querella con Ralston, que resultaba más bien grotesca en la perspectiva del tiempo. Siempre le había disgustado a Chips el rector Ralston. Era activo, riguroso, ambicioso, implacable; muy poco simpático. Es verdad que había levantado bastante el colegio. Había una larga lista de niños que aspiraban a ingresar al establecimiento y esperaban vacante. Ralston era un animador, una dínamo. Pero no se podía confiar en él.

Chips trabajaba lealmente a sus órdenes. Su amor al colegio, que servía con entusiasmo, le permitía hacer abstracción de un jefe desagradable. Sabía que Ralston no lo miraba bien, pero eso no le preocupaba. Se sentía suficientemente protegido por su edad y su posición frente a un jefe que había removido ya a varios profesores.

De súbito, en 1908, cuando Chips había enterado recién sesenta años, sobrevino el ultimátum de Ralston.

—Mr. Chipping, ¿ha pensado usted alguna vez si le gustaría retirarse del servicio?

Chips se revolvió sobre sí mismo, como picado por una avispa. Después de un momento, articuló.

—No, en verdad, ¡hum!, no había pensado en eso.

—Bueno, Mr. Chipping, es una indicación que le hago para que lo piense. El Consejo se ocupará, por cierto, de otorgar la pensión correspondiente.

De pronto, Chips se inflamó y replicó rudamente:

—Pero yo no me quiero retirar, ¡hum!, y no tengo por qué considerar esa insinuación.

—Sin embargo, me permito indicarle que debe considerar esta indicación.

—Pero no veo por qué motivo debo retirarme.

—En este caso, las cosas irán con más dificultad.

—¿Dificultad? ¿Y por qué?

Y así se fueron trenzando. Ralston cada vez más frío y audaz, Chips más cálido y apasionado, hasta que Ralston precisó con dureza:

—Ya que usted me obliga a hablarle con franqueza, Mr. Chips, voy a hacerlo. Desde hace algún tiempo, usted hace aquí lo que quiere. Sus métodos de enseñanza son ineficaces y anticuados; sus modales son descuidados; y usted desatiende mis instrucciones en forma que un profesor más joven llamaría franca insubordinación. Esto no seguirá, Mr. Chipping, y sólo mi tolerancia y respeto a sus años han permitido que se prolongue tanto.

Chips quedó en vilo con ésta violencia invectiva. Reaccionando poco a poco, tomó algunas palabras de la filípica.

—¿Descuidado, ¡hum!, dice usted?

—Cómo no. Mire su capa. Esa capa es un tema de irrisión entre los niños.

Chips sabía eso, pero nunca le había dado importancia. A su carácter paternal y bondadoso no le dolía que los niños se rieran de sus excentricidades. Y continuó:

—¿También ha dicho usted algo de *insubordinación*?

—No —replicó el otro—. He dicho que en un profesor más joven habría tomado su conducta como insubordinada. En su caso, es tal vez una mezcla de descuido y obstinación. Su pronunciación latina, por ejemplo, es contraria al estilo que debe usarse en toda escuela, como lo tengo ordenado hace años. Los demás profesores me han obedecido. Usted sigue aferrado a sus viejos métodos. Y el resultado es el caos y la ineficacia.

Por fin Chips tenía algo tangible de que cogerse.

—Si es por eso —respondió desdeñosamente—, confieso que no estoy de acuerdo con la nueva pronunciación. La encuentro absurda y fea. Obligar a los niños a decir Kikerón en la escuela, cuando después dirán solamente Cicerón, si es que recuerdan algo de su latín. En lugar de Vicissim —Dios me ampare—, hacerles decir we kiss im, ¡hum, hum!...

Y Mr. Chips no pudo contener la risa, olvidando que estaba en el gabinete del rector y no ante sus alumnos.

—Usted mismo ha definido su posición, Mr. Chipping. Éste es un ejemplo de las cosas que observo en usted. Su opinión es una. La mía es otra. Y puesto que usted no depone la suya, no queda sino una alternativa. Quiero hacer de Brookfield una escuela moderna en todo. Soy un hombre de ciencia. Pero no me opongo al estudio de los clásicos griegos y latinos, siempre que se les enseñe bien. No porque sean lenguas muertas las vamos a enseñar en una técnica pedagógica muerta. Creo que sus clases de griego son las mismas de hace diez años, cuando llegué al establecimiento.

Chips respondió orgullosamente, con lentitud:

—Son las mismas clases que hacía cuando llegó aquí su predecesor, Mr. Meldrum, ¡hum!, hace treinta y ocho años. Principiamos juntos en este colegio, ¡hum!, en 1870. Y fue el antecesor de Mr. Meldrum, Mr. Wetherby, el que primero aprobó mi pronunciación «Usted enseñará Cicerón en el cuarto año», me dijo. Cicerón, no Kikerón.

—Muy interesante, Mr. Chipping. Pero todo eso confirma mi punto de vista. Usted vive en el pasado y no en la época actual ni en el futuro. Los tiempos van cambiando, aunque usted no lo advierta. Los padres de hoy exigen, a cambio del dinero que pagan, algo más que unas cuantas citas en griego y latín. Por otra parte, sus alumnos ni siquiera leen lo que corresponde a los programas. La mayoría de ellos el año pasado no obtuvo el certificado previo.

Y de pronto, Chips se lanzó en un torrente de ideas demasiado rápido para alcanzar a formularlo en palabras. ¿Qué valor tenían todos esos exámenes y

certificados? Y todo ese modernismo en la técnica de las lenguas muertas, ¿servía para algo? Ralston estaba convirtiendo a Brookfield en una empresa mercantil. Un emporio de cultura snob, advenediza, basada en las máquinas y el dinero. Una industrialización de la enseñanza misma. Las viejas tradiciones inglesas estaban cambiando. No podía ser de otro modo. Pero en vez de ampliar esas tradiciones, para formar una democracia que incluyera a duques y trabajadores, Ralston las reducía a un simple libretto de cheques. Nunca hubo en Brookfield tantos hijos de ricos. La fiesta de la repartición de premios era tan solemne como la de Ascott. Ralston se relacionaba en los clubes londinenses con ricos industriales, comerciantes, con toda esa burguesía opulenta, que se encumbra de la noche a la mañana en las grandes ciudades; los convencía de que Brookfield era el colegio de buen tono y que impartía la mejor educación para el hombre de lucha, y así el colegio se llenaba de hijos de nuevos ricos. Algunos de estos muchachos eran temibles, si bien los había también muy decentes y correctos. Uno de los alumnos recibía de su padre cinco libras semanales para gastos de bolsillo. Vulgaridad, ostentación, toda la parte menos limpia de las finanzas y los negocios. Y una vez Chips tuvo que pasar molestias por ciertas bromas que hizo sobre el apellido y la ascendencia de un niño llamado Isaacstein. El alumno escribió sobre esto a su casa, e Isaacstein padre envió una carta indignada a Ralston. Orgullo, irascibilidad, carencia del sentido del humor y la proporción, falta de distinción espiritual. Así era el público nuevo que Ralston estaba trayendo al colegio. Sin sentido de la proporción Y era un sentido de la proporción, de equilibrio en el hombre de la sociedad, lo que Brookfield debía enseñar, más que el griego y el latín, la química o la mecánica. Y no se podía comunicar estas virtudes por medio de exámenes y certificados...

Todo esto cruzó su mente en un relámpago de indignación y de protesta, pero no dijo una palabra de ello. Sólo recogió su capa remendada, en un ademán que le era habitual, y con un ¡hum, hum! se retiró algunos pasos. Tenía bastante con lo hablado. En la puerta se volvió y dejó caer estas palabras con energía:

—No pienso renunciar, ¡hum!, y usted puede hacer, ¡hum!, lo que quiera.

Repasando esta escena en la tranquila perspectiva de un cuarto de siglo, Chips sentía en lo íntimo de su corazón un poco de lástima por Ralston. No se había dado cuenta de las fuerzas que pretendía manejar. Chips tampoco las había advertido en esos momentos. Ninguno de ellos había pesado la fuerza de las tradiciones de Brookfield y su presteza para defenderse y defender a sus paladines. Ocurrió que un chico, que había estado esperando a Ralston aquella mañana, había oído la escena a través de una mampara. Pronto relató lo ocurrido a los muchachos y éstos escribieron a sus casas. En muy pocos días, todo el mundo supo que Ralston había insultado a Mr. Chips y le había pedido la renuncia. El resultado desconcertante de todo esto fue que se produjo una explosión de simpatía y un movimiento espontáneo de solidaridad

con Chips, que éste no se habría atrevido a soñar. Descubrió, con sorpresa, que Ralston era bastante impopular. Era temido y respetado, pero no querido. Y en este incidente, la antipatía subió de punto, arrasó con el miedo y demolió el respeto. Se habló de provocar una huelga e impedir por la fuerza a Ralston la realización de su siniestro plan respecto de Chips. Los profesores, muchos de ellos jóvenes, que sentían que Chips era anticuado, se sumaron gustosos al movimiento, porque odiaban el autoritarismo de Ralston y su manera servil de halagar a los magnates del momento: encontraron en el veterano de Brookfield el campeón de su causa. Y un buen día Mr. John Rivers, Decano del Consejo, visitó Brookfield, y prescindiendo de Ralston, se dedicó a conversar con Chips.

—Un excelente sujeto Rivers —decía Chips, contando el episodio por la décima vez a la señora Wickett—. No fue un alumno muy brillante que digamos, en clase. Recuerdo que nunca llegó a dominar los versos latinos. Y ahora, ¡hum!, veo en los diarios que lo han hecho baronet. Esto le prueba a usted, señora Wickett, ¡hum!, que yo tenía razón.

Rivers había dicho aquella lejana mañana de 1908, andando del brazo con Chips, por las canchas de juego de Brookfield, desiertas a esa hora:

—Chips, mi buen viejo, he sabido que Ralston le ha puesto a usted la proa. Lamento mucho que haya pasado estos malos ratos. Pero debo decirle que los consejeros están cuadrados con usted, como un solo hombre. Ralston no nos gusta gran cosa. Será todo lo inteligente que se quiera, pero es también algo astuto y arribista. Ha doblado las reservas del colegio con unas especulaciones de cambio. Hemos salido ganando esta vez, pero al hombre hay que vigilarlo. Si vuelve a molestarlo, díglele con toda diplomacia que puede irse al diablo. Los consejeros no quieren por nada que usted se retire. Ellos saben que Brookfield no será el mismo sin usted, perderá la mitad de su carácter. Puede seguir aquí hasta los cien años, si quiere y decide vivir todo ese tiempo.

Al viejo Chips se le habían llenado de lágrimas los ojos. Y la misma efusión se repetía cuando se lo contaba a la señora Wickett.

Y Chips siguió en Brookfield, tratando lo menos posible con Ralston. En 1911, Ralston se retiró, «para mejorar de situación». Se le había ofrecido la rectoría de uno de los más grandes colegios del reino. Su sucesor fue Mr. Chattens, que se entendió muy bien con Chips. Tenía sólo treinta y cuatro años, más joven que Ralston. Tenía una gran reputación de cultura. En todo caso, era muy moderno. Profesor de ciencias naturales. Cordial, simpático. Reconoció en Chips una institución de Brookfield y aceptó la situación discreta y afablemente.

En 1913, Chips sufrió una bronquitis y no pudo trabajar durante todo el período de invierno. Esto le indujo a renunciar en el verano. Tenía sesenta y seis años. Era ya edad suficiente. Y las crudas palabras de Ralston habían producido también su efecto. Sintió que no era propio seguir en el cargo, cuando su salud solía fallar y su carácter y su preparación se iban alejando de la época. Por lo demás, no se alejaba del todo. Tomó pieza en casa de la señora Wickett, al otro lado del camino. Podía visitar el colegio siempre que lo deseaba y seguía siendo parte integrante del mismo.

En la comida de despedida, Chips recibió las aclamaciones de todos los consejeros y profesores, y pronunció un discurso. No fue un discurso muy largo, pero se alargó con las risas y manifestaciones de los presentes. Hubo en él varias citas en latín y una referencia al Presidente del Consejo por haber exagerado los servicios prestados al colegio por Chips: «Pero este delito de exageración no es raro, ¡hum!, en él, pues procede de una familia hiperbólica. Una vez, ¡hum!, tuve que castigar a su padre por esta misma falta. Recuerdo que una vez le puse un uno por una traducción de latín, ¡hum!, y él lo transformó en un siete».

Tumultuosas risas de la concurrencia. Una observación muy propia de Chips, pensaron todos. Y luego dijo que había estado en Brookfield cuarenta y dos años.

—Aquí he vivido —dijo sencillamente—. *O mihi praeteritos referat si Jupiter annos...*, ¡hum! Por cierto que no necesito traducir. Recuerdo muchos cambios en Brookfield. Recuerdo la primera bicicleta. Recuerdo cuando no había gas ni luz eléctrica y un sirviente pasaba todo el día limpiando lámparas y encendiéndolas. Recuerdo un invierno que granizó siete días seguidos, y no pudiendo haber juegos, todo el colegio aprendió a patinar. Recuerdo cuando dos tercios del colegio se enfermó de escarlatina, y hubo que convertir en hospital el Gran Hall. Recuerdo la gran cena que tuvimos en Nochebuena, cuando se nos principió a quemar un pabellón y hubo que llamar a los bomberos. De ese modo se celebraron también ellos, aunque algunos se encontraban en una facha lamentable... (Risas). Recuerdo a la señora Brool, que sirvió en el colegio hasta que un tío de Australia le dejó una fortuna. A veces pienso que podría hacer un libro con mis recuerdos. ¿Y como lo llamaría?

¿Memorias de la Palmeta y el Dictado? (Risas de los niños). Tal vez lo escriba algún día. Entre tanto, puedo hablarles de lo que escribiré. Yo recuerdo... Recuerdo... Pero lo que más recuerdo son las caras de ustedes. Nunca las olvido. Tengo millares de rostros en la memoria, las caras de todos los niños del colegio. Si ustedes vienen a verme en los años venideros, como espero que lo harán, yo trataré también de acordarme de sus caras de hombres, pero no lo voy a conseguir, porque ya estoy muy viejo y no me voy dando cuenta de nada. Y si después nos encontramos, no los reconoceré, y ustedes dirán: «El buen viejo no se acuerda de mí». Pero no es eso. Yo los recordaré siempre, tal como los he conocido en el colegio. ¿Qué culpa tengo yo de que ustedes hayan cambiado? Yo tomé las instantáneas para mi memoria en la clase, en el patio, en la cancha de juegos, y allí siguen siempre niños, con las miradas brillantes, las risas y los pelos al viento, ingenuos y alegres. ¿Les parece mal a ustedes que yo los conserve siempre frescos en el *frigidaire* de la memoria y me resista a dejarlos envejecer, a ponerse obesos y calvos? (Risas de niños y viejos). Muchas veces, por ejemplo, cuando alguien me habla de nuestro querido Presidente del Consejo, yo pienso para mí: «¡Ah, si, un chiquitín con un mechón de pelos revueltos, sin ninguna idea de la diferencia que hay entre el verbo y el adverbio!» (Risa general). Bueno, no puedo seguir toda la noche. Piensen alguna vez en mí, como yo pensaré en ustedes. *Haec olim meminisse juvabit...* Tampoco necesito traducir.

El discurso fue recibido con gritos, risas y aclamaciones al buen viejo que había dado su vida a los niños.

Agosto de 1913. Chips fue por una temporada a Wiesbaden, donde alojó en la casa del profesor de alemán de Brookfield, Herr Staefel, con quien se había hecho muy amigo. Staefel era treinta años menor que él, pero ambos se entendían perfectamente. En septiembre, cuando principió el curso, Chips volvió y se estableció en casa de la señora Wickett. Se sentía muy bien después de sus vacaciones, y sintió haberse retirado. Pero no le faltaba que hacer. Recibía a tomar té a todos los alumnos nuevos. Presenciaba las partidas importantes en las canchas. Almorzaba de vez en cuando con el rector y otras con los profesores. Se encargó de preparar y editar una nueva revista del colegio. Aceptó la Presidencia del Club de los ex alumnos y tenía que ir a las comidas en Londres. Escribía frecuentes artículos, nutridos de anécdotas y latinajos, para la revista. Leía el «Times» de punta a cabo, como si hubiera tenido que repetirlo en la clase. Principió también a leer novelas policíacas truculentas. Sherlock Holmes pasó a ser un personaje real para Chips. Pasaba, en verdad, muy ocupado, y también muy contento.

Un año después, en 1914, asistió a la comida de fin de año. Se habló mucho de guerra. Guerra civil en Ulster, disturbios entre Austria y Servia. Herr Staefel, que partía para Alemania al día siguiente, le dijo a Chips que el asunto de los Balcanes no

tendría consecuencias.

La Guerra Europea. El primer trastorno. Y luego el primer optimismo. La batalla del Mame, la revolución rusa, Kitchener.

—¿Cree usted que esto durará mucho, señor? —le preguntaban los niños a Chips, mientras presenciaba los juegos. El buen viejo daba respuestas optimistas. Como la mayoría de la gente, estaba equivocado medio a medio; pero, a diferencia de esa mayoría, reconoció su error más tarde.

—Creo, ¡hum!, que terminaremos este asunto antes de Pascua, ¡hum! Los alemanes están ya dominados, ¡hum! Pero ¿qué hay con eso? ¿Quiere usted ir allá, Forrester?

Buena salida. Forrester era el más pequeño de los alumnos nuevos. Apenas se levantaba cuatro pies sobre sus zapatos de fútbol llenos de barro. Otros niños se rieron. Pero no todo era broma. En 1918 Forrester fue abatido en llamas con su avión sobre Cambrai. El escalofrío trágico principió cuando el primer ex alumno de Brookfield fue muerto en acción de guerra en septiembre. Chips pensó cuando llegaron estas noticias:

«Hace cien años, los alumnos de Brookfield estaban peleando contra Francia. Es extraño que los sacrificios de una generación vengán así a derogar los de otras».

Él trató de explicar esto a Blades, el mejor alumno del colegio pero éste, con dieciocho años de edad, siguiendo un curso para cadete de infantería, se limitó a reír. ¿Qué tenía que hacer toda esa historia antigua con la guerra de hoy? Sólo una excentricidad de Mr. Chips.

1915. Los ejércitos, trenzados en mortal abrazo, desde el mar hasta Suiza. Los Dardanelos. Gallipoli. Campos militares levantados en las vecindades de Brookfield. Los soldados usan los campos de deporte para sus ejercicios. Brookfield aporta sus contingentes a la guerra. Se alistan los profesores jóvenes y los alumnos mayores. Toda distancia se borra en la desgracia común y el país entero se ordena en otra forma, la mejor para la guerra.

Todos los domingos en la noche Chatteris lee en la capilla los nombres de los alumnos y profesores caídos en el frente, agregando una pequeña biografía. Muy conmovedor. Pero Chips, oculto tras un pilar, piensa que éstos son sólo nombres para Chatteris, en tanto que él ve los rostros y las vidas...

1916. La batalla de Somme. Treinta y tres nombres leídos en una sola noche.

Hacia el fin de ese catastrófico mes de julio, Chatteris fue a ver a Chips en su departamento. Estaba fatigado y excitado, y parecía enfermo.

—Para decirle la verdad, Mr. Chips, los tiempos no son nada fáciles para mí. Tengo treinta y nueve años, soy soltero, y todo el mundo piensa que debo estar allá...

Soy diabético, corto de vista, mi puntería es pésima. Pero no puedo colgar un certificado médico en mi puerta.

Chips no había pensado en nada de esto y se conmovió, pues quería a Chatteris. Éste continuó:

—Usted ve lo que está pasando. Ralston llenó el colegio de profesores jóvenes, los que se han ido a la guerra, y los sustitutos, tomados al azar de las circunstancias, son hartos indeseables. El otro día, en el comedor de los profesores, uno le vació por el cuello una botella de tinta a otro, que sufrió un ataque de rabia. Yo tengo que hacer clases, mantener la disciplina en todas partes y hacer la vista gorda a todas estas cosas... Si esto no mejora, en la próxima temporada no sé qué voy a hacer.

—Simpatizo francamente con usted.

—Así lo esperaba. Y esto me trae a lo que vine. Deseo que usted —si no tiene inconveniente y su salud se lo permite— regrese por un tiempo al colegio. Su aspecto es inmejorable y nadie conoce como usted el establecimiento. No le va a dar a usted un gran trabajo, no tiene para qué tomar las cosas con vehemencia, sino hacer lo que pueda y quiera. No le pido un aporte de trabajo, sino su presencia, su influencia personal. Nadie ha sido tan popular como usted aquí, y su ayuda es preciosa para mantener el colegio en marcha, hoy que peligrá irse todo al diablo.

Chips contestó fuera de aliento, y con una bendita alegría en el corazón:

—Iré...

Chips siguió viviendo en casa de la señora Wickett, y cada mañana, a las diez, se ponía su ropa de calle y cruzaba el camino. Se sentía muy bien en las salas de clases. Su trabajo era liviano. Un poco de latín y de historia romana. Sus viejas lecciones, y en la vieja pronunciación. Las mismas bromas sobre la Ley Canuleya y demás tópicos de antes. Había nuevas generaciones de niños y fue recibido con un éxito enorme. Se sentía como un músico al que se le ha obligado a repetir, después de retirarse de la escena muy aplaudido.

Todos se admiraban de la facilidad con que aprendía los rostros y los nombres de los alumnos. No sabían cuánto se había preocupado de ellos desde la otra vera del camino.

Tuvo un gran éxito. Ayudó al colegio, y todos sintieron la utilidad de su presencia. Por primera vez en su vida se sentía necesario, y para un trabajo que lo desempeñaba con el corazón. No hay labor más sublime en el mundo, y por fin era la suya. Hizo nuevas bromas sobre los temas del día, el racionamiento, el oscurecimiento contra los raids aéreos. Se puso de actualidad una nueva clase de verdura, que antes era tenida por incomible, y que Chips bautizó: *abborrendum*.

Chatteris se enfermó en el invierno de 1917, y por la segunda vez en su vida Chips desempeñó la rectoría de Brookfield. En abril, Chatteris murió, y el Consejo preguntó a Chips si quería seguir en el puesto. Él dijo que aceptaría, siempre que no se le nombrara oficialmente. Quería eludir este último honor, que estaba por fin a su mano. Se sentía inadecuado para el cargo por muchos conceptos. Sabía que su memoria flaqueaba y que nunca su preparación había sido de las mejores. Contestó a Rivers:

—Usted ve que no soy joven, y no quiero que se cifren muchas esperanzas en mí. Soy como todos estos flamantes coroneles y mayores que han brotado como callampas con la guerra. Un voluntario, nada más.

1917-1918. Chips vivió a través de estos años. Se instalaba en la oficina del rector todas las mañanas, estudiando problemas del colegio, resolviendo consultas y cuestiones. A través de su larga experiencia, se había formado una gran confianza en su consejo. Guardar el sentido de las proporciones, eso era lo esencial. Ahora que el mundo había perdido completamente esta noción, era más necesario guardarla en Inglaterra, su patria de origen.

Ahora le correspondía a él leer los domingos la lista de los caídos en la guerra. Muchas veces se veían caer sus lágrimas en la hoja. Bien, ¿por qué no?, decían los niños. Es un hombre viejo. Habrían despreciado a cualquier otro por esa debilidad.

Un día recibió una carta de unos amigos en Suiza. Había sido muy censurada,

pero llegó a su destino. Al domingo siguiente, después de los nombres y datos de los caídos, se detuvo un momento y añadió:

—Aquellos de ustedes que están aquí desde antes de la guerra deben recordar a Max Staefel, el profesor de Alemán. Estaba en Alemania, de visita en su casa, cuando estalló la guerra. Fue querido aquí y tuvo muchos amigos. Los que lo conocieron tendrán el sentimiento de saber que fue muerto últimamente en el frente occidental.

Estaba algo pálido cuando volvió a su asiento, comprendiendo que había hecho algo desusado. No había consultado a nadie para dar este paso. Él asumía toda la responsabilidad. A la salida, oyó este comentario:

—En el frente occidental dijo Chips. ¿Quiere decir eso que peleaba por los alemanes?

—Así lo creo.

—Resulta gracioso que se haya leído su nombre con los de los demás. Era un enemigo.

—Una ocurrencia de Mr. Chips. Todavía tiene sus originalidades el pobre viejo.

Y así pasó este rasgo del buen viejo, que cediendo a los impulsos de la piedad y la amistad, olvidó un momento los odios de la guerra. De vuelta en su pieza, Chips no se sintió incómodo por el comentario del niño. Él tenía aún esas ideas de dignidad y generosidad que se hacían cada vez más escasas en un mundo frenético. Y pensó que Brookfield tomaría de él esas ideas, lo que sería su desquite. Una vez se le preguntó su opinión sobre los ejercicios de bayoneta que efectuaban los soldados en los campos de juegos.

—Me parece —dijo con voz algo asmática y entrecortada, que era tan parodiada por los niños— una, ¡hum!, manera muy vulgar, ¡hum!, de matar a la gente.

Fue comentada esta respuesta, que Chips dio a un alto oficial del ejército, de visita en Brookfield. Muy de Mr. Chips. Y se le aplicó un adjetivo que se empezaba a vulgarizar: era de la «preguerra».

Y una noche de luna llena las alarmas antiaéreas sonaron, mientras Chips hacía su clase de latín al cuarto año. Los cañones principiaron a disparar en el acto. Y como empezaban a caer cascos de granadas por los alrededores, Chips pensó que lo mejor era seguir ahí mismo, en el piso bajo del colegio. Era una sólida construcción de concreto, y ofrecía un espléndido refugio. Un casco podía pasar las ventanas, pero el riesgo era mayor afuera. Y siguió adelante su clase de latín, hablando un poco más fuerte, para contrarrestar el ruido de las granadas y el zumbir de los disparos. Algunos de los niños estaban nerviosos. Pocos podían prestar atención.

—Es probable que a usted le parezca, Robertson, que en este preciso momento de la historia universal las actividades de César en las Galias, hace unos dos mil años, ¡hum!, son de importancia muy secundaria, y que la conjugación irregular del verbo *tollo*, ¡hum!, es menos importante aún. Pero, créame usted, mi querido Robertson, no es así.

En ese momento lo interrumpió una formidable explosión al lado afuera.

—Pero no se debe juzgar, ¡hum!, la importancia de las cosas por el ruido que hacen, créanlo ustedes, mis queridos niños. Y estas cosas que han preocupado a la humanidad por miles de años no van a desaparecer, porque un vil mercachifle, en su laboratorio, inventa un nuevo elemento mortífero.

Risas nerviosas de los niños. El profesor de física, Buffles, pálido, flaco, con fama de mal médico, era apodado El Mercachifle. Otra explosión estalló más próxima.

—Sigamos, ¡hum!, nuestro trabajo. Si hemos de ser interrumpidos pronto, que se nos encuentre, ¡hum!, en algo adecuado. ¿Hay alguno que quiera traducir?

Maynard, audaz, inteligente, desenfadado, dijo:

—Yo, señor.

—Muy bien. Busque la página cuarenta y principie en la última línea.

Las explosiones continuaban ensordecedoras. Todo el edificio se conmovía, como si fuera a ser arrancado de los cimientos. Maynard halló la página y principió a leer tranquilamente:

—*Genus hoc erat pugnae* —esta era la clase de lucha— *que se Germani exercuerant* —en que los germanos se ocupaban—. ¡Oh señor, esto está muy bueno! Es una de sus mejores salidas, en verdad.

Las risas principiaron, y Chips agregó:

—Ustedes pueden ver que estas lenguas muertas vuelven a la vida a veces, ¿no es verdad?

Luego supieron que habían caído seis bombas en los patios del colegio, y que

habían muerto nueve personas. La historia fue contada una y otra vez, siempre con nuevas variantes y añadidos.

—Al buen viejo no se le movió un pelo. Aún halló una vieja cita para ilustrar lo que estaba pasando. Algo en César, sobre la manera de hacer la guerra de los germanos. ¡Y cómo se reía el viejo! Las lágrimas le corrían por la cara. Nunca lo habíamos visto reír tanto.

Chips era ya una leyenda.

Con su capa vieja y remendada, su tranco que ya vacilaba y tropezaba, sus bondadosos ojos mirando por encima de las gafas con ribetes de acero, y sus ocurrencias ingeniosas, Brookfield no le había cambiado un átomo.

Noviembre 11 de 1918.

Las noticias llegaron en la mañana. Se decretó un día de asueto para el colegio y se pidió al personal de cocina que preparara una comida extra, todo lo mejor que permitía el racionamiento. Hubo muchos cantos y vivas y los niños se peleaban los panes en el Gran Hall. Cuando Chips entró, el tumulto cesó un instante. Después estallaron los aplausos y los vivas. Todos lo miraban con ojos ansiosos y brillantes, como un símbolo de la vieja Inglaterra y de la victoria. Llegó hasta la tarima, como si hubiera querido hablar. Se hizo silencio. Pero el viejo sonrió, movió la cabeza y se retiró lentamente.

El día había sido húmedo y frío. Chips había tenido que recorrer la escuela y el paso de los patios lo resfrió. Cayó en cama y no se levantó hasta después de la Pascua. Pero la misma noche del 11 de noviembre había enviado su renuncia al Consejo.

Cuando el colegio se reunió después de las vacaciones, Chips estaba nuevamente en casa de la señora Wickett. A petición suya, no hubo más despedidas ni presentaciones. Solo un apretón de manos con el sustituto. Su misión estaba cumplida.

Y ahora, quince años después, Chips podía mirar todo eso con profunda y bien ganada tranquilidad. No estaba enfermo, por cierto. Solo un poco fatigado, a veces, y con el pecho algo mal en los meses de invierno. Una vez hizo un corto viaje a la Riviera, pero no se sintió mejor.

—Prefiero, ¡hum!, coger mis resfríos en mi tierra, ¡hum! —decía después.

Tenía que tomar sus precauciones cuando soplaban vientos del oeste, pero no pasaba mal los otoños ni los inviernos. Había buen fuego, buena lectura, y se esperaba el verano. Ésta era su estación favorita. El tiempo le probaba bien, y tenía la visita de sus antiguos alumnos. En los *week-ends*, más de un muchacho llegaba en motocicleta a verlo. A veces se cansaba cuando iban muchos. Pero eso no le preocupaba. Tenía tiempo para descansar y dormir después. Y gozaba con estas visitas. Eran su mayor placer.

—Muy bien, Gregson, ¡hum! ¿Siempre usted atrasado para todo? Tal vez va a llegar tarde a la vejez, lo mismo que yo.

Y luego, cuando la señora Wickett venía a recoger los útiles del té:

—¿Recuerda usted a Gregson? ¡Hum!, vino a verme. Ese muchacho alto, con lentes. Siempre andaba atrasado, ¡hum! Le dieron un puesto en la Liga de Naciones. Allí, ¡hum!, tal vez no se noten sus retardos.

A veces, cuando la campana sonaba para la vuelta a clases, después de los juegos de la tarde, Chips se asomaba a la ventana, para ver la fila de niños entrando al colegio y dando en alta voz sus nombres al profesor que tomaba la lista. Nuevos tiempos, nuevos nombres... Pero siempre quedaban los viejos... Jefferson, Jennings, Jolyon, Jupp, Kingsley, Kingston... ¿Dónde se habían ido los niños de otros tiempos?

—Señora Wickett, tráigame una taza de té antes de recogerse, ¿quiere?

La década de la postguerra se arrastraba dificultosamente, llena de sobresaltos y violencias. El viejo se sentía muy mal cuando miraba el panorama del mundo. El Rhur, Chanack, Corfú. Había bastante para sentirse mal. Pero a su lado, en Brookfield, y aún en Inglaterra, su viejo corazón se hallaba a gusto. Veía el mundo como un desorden creciente, por el cual Inglaterra se había sacrificado bastante, tal vez demasiado. Pero estaba contento con Brookfield. Estaba arraigado en cosas que habían resistido la prueba del tiempo, del cambio y de la guerra. Era curioso lo poco que había cambiado el colegio en su esencia. Los niños eran más caballerosos y moderados. Las peleas y provocaciones entre los niños ya no se usaban. En cambio, se prodigaba el juramento y también el engaño. Había mayor intimidad entre profesor y alumno, menos ampulosidad de una parte y menor sumisión de la otra. Uno de los nuevos profesores, recién llegado de Oxford, permitía que los niños lo llamaran por

su nombre de pila. Eso le chocaba a Chips.

—También podía firmar sus informes mensuales, ¡hum!, dirigidos a los alumnos, ¡hum!, su muy afectísimo —comentaba el viejo.

Durante el paro general de 1926, los niños de Brookfield cargaron y condujeron camiones con víveres para los pueblos vecinos. Cuando todo hubo terminado, Chips se sintió tan conmovido como en la guerra. Algo había pasado, algo cuyo significado tendría que estudiarse. Pero una cosa era clara: Inglaterra había quemado su leña en su propia bodega. Y cuando en una comida del colegio un norteamericano insistía en las grandes sumas gastadas por el país en el paro, Chips replicó:

—Sí, se ha gastado mucho, pero la *réclame* es siempre cara.

—¿La *réclame*?

—Es claro. ¿Le parece poca propaganda que la prensa de todo el mundo haya estado ocupada de nosotros toda una semana? Y no se ha disparado un tiro, ni perdido una vida. Ustedes habrían derramado más sangre para allanar un bar clandestino...

(Eran los tiempos de la ley seca).

Risas y más risas. Dondequiera que fuese y dijera algo, saltaban las risas. Había ganado la reputación de gracioso y se le celebraba por adelantado. Cuando hablaba en un *meeting*, o dirigía la palabra a través de la mesa, la gente componía el ánimo y el rostro para la ocurrencia. Escuchaban sonrientes, y era fácil hacerlos reír. Generalmente se reían antes de tiempo.

—El viejo Chips estaba muy oportuno —decían después—. Es admirable su manera de hallar el lado cómico de las cosas.

Después de 1929 no se alejó de Brookfield ni aún para los días de las comidas del Club de Ex Alumnos en Londres. Temía a los resfríos y la vigilia lo fatigaba demasiado. Iba hasta el Colegio en los días buenos, y seguía recibiendo visitas en su pieza. Sus facultades no decaían y no tenía molestias de ningún orden. Sus rentas bastaban con exceso para sus pocas necesidades. Su pequeño capital, invertido en la industria metalúrgica, no sufrió con la crisis. Repartía bastante dinero a gente que lo iba a ver y le pedía ayuda, a varios colegios y a la misión de Brookfield. En 1930 hizo su testamento. Salvo algunos legados a la misión y a la señora Wickett, dejó todo lo que tenía para que se abriera una escuela gratuita en Brookfield.

1931...1932

—¿Qué piensa usted de Mr. Hoover, señor?

—¿Cree usted que volveremos al patrón de oro?

—¿Qué le parece a usted cómo va el mundo? ¿Ve alguna abertura en las nubes?

—¿Cuándo se van a componer las cosas, buen viejo Chips? Usted lo debe saber, con su larga experiencia.

Todos le hacían preguntas, como si hubiera sido una combinación de una enciclopedia y un profeta, más que eso, porque querían la respuesta en broma.

—Bueno, Henderson. Cuando yo era joven, los políticos solían ofrecer a la gente ocho peniques por cuatro. Nunca supe de alguien que los recibiera. Pero los gobernantes de hoy han resuelto el problema de darle a la gente cuatro peniques por ocho.

Risas.

Cuando recorría el colegio, los chicos le hacían preguntas, con el objeto de pescar su última salida y correr a divulgarla.

—Señor, ¿qué opinión tiene usted del plan quinquenal?

—¿Cree usted que Alemania provocará otra guerra?

—¿Ha visto usted cine sonoro, señor? Yo fui el otro día. Es muy complicado para un pueblo como este. Han puesto un Wurlitzer.

—¿Y qué diablos es un Wurlitzer?

—Es un órgano, Mr. Chips. Un órgano combinado con el cine.

—Yo había visto anuncios del tal Wurlitzer. Creía que era una nueva marca de salsa.

Y tuviera gracia o no la salida, el resultado hilarante era seguro.

Chips estaba en su sillón una tarde de noviembre de 1933. El día era frío y cargado de neblina, y no se atrevía a salir. Se sentía algo mal desde el día del Armisticio. Tal vez el frío de la capilla lo había resfriado un poco. Merivale había estado en la mañana a hacerle su visita habitual.

—¿Qué tal, Mr. Chips, todo va bien? ¿El ánimo en alto? Así me gusta verlo. No está de más permanecer en casa en estos días tan húmedos y helados. Afuera hay un viento transminante. Ya quisiera yo vivir su vida, aunque solo fuera por un poco de tiempo.

¡Su vida! ¡Y qué vida había sido la suya!... Todo su pasado desfilaba ante su memoria, mientras estaba cómodamente sentado en su sillón ante el fuego. Las cosas que había visto y realizado: Cambridge a mediados del siglo; El Gran Gable una mañana de agosto; Brookfield en todos los tiempos y estaciones, a través de muchos años. Y todas las cosas que no había conocido y que ya no experimentaría. No había volado jamás, ni había visto el cine sonoro. Así tenía a la vez mayor y menor experiencia que cualquier niño del colegio. A esos absurdos conducía el tan ponderado progreso. Paradojas de la infancia y la senectud.

La señora Wickett había salido a hacer unas visitas a una aldea vecina. Le había dejado todo preparado para su té, con pan y mantequilla, y algunas tazas suplementarias, por si llegaba alguien. Era poco probable que fueran visitas, con la espesa niebla que mojaba el aire.

Pero no. Poco antes de las cuatro sonó un timbre y Chips fue a abrir personalmente. Era un chico del colegio, con su gorra de estudiante y una expresión de tímida ansiedad.

—¿Puede decirme, señor, si vive aquí Mr. Chips?

—¡Hum! Tenga la bondad de pasar —y un momento después añadió, ya en su pieza—: Yo soy, ¡hum!, la persona que usted busca. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me dijeron que usted me necesitaba, señor...

Chips sonrió. Una antigua broma. Él que había hecho tantas, no podía quejarse. Al contrario, se alegró mucho de ver que los niños le devolvían la mano y se dispuso a atender al visitante.

—Es la verdad, mi amigo. Quería que usted, ¡hum!, tomara té conmigo. ¿Quiere usted sentarse junto al fuego? Creo, ¡hum!, que no lo he visto antes. ¿Cómo puede ser eso?

—Acabo de salir de la enfermería, señor. He estado ahí desde principios del curso, con escarlatina.

—¡Ah! Solo así me lo explico.

Chips principió luego a hacer su ritual mezcla de té. Por suerte había un pedazo de queque. Supo que el niño se llamaba Linford, que era de Shropshire y el primero de la familia que iba a Brookfield.

—Ya verá, Linford, cómo le gustará Brookfield, ¡hum!, Cuando se vaya acostumbrando. No es un lugar tan temible ni desagradable como parece al principio. Está un poco asustado, ¿verdad? Así estaba yo también cuando recién llegué aquí, hace algún tiempo: Sesenta y tres años. Cuando recién entré al Gran Hall y vi todos esos niños, me temblaron las piernas. Creo que no he vuelto a estar tan asustado en mi vida. Ni siquiera cuando nos bombardearon los germanos, ¡hum!, durante la guerra. Pero ese malestar no duró mucho. Luego me sentí aquí en mi casa.

—¿Entraron con usted muchos niños, Mr. Chips?

—¿Cómo? No me he explicado. Cuando yo llegué aquí, no era un niño, era todo un hombre de veintidós años. Y venía de profesor. Cuando les toque a ustedes el estreno de un profesor, piensen también en los apuros que pasa.

—Pero si usted tenía entonces veintidós años, Mr. Chips...

—Sí..., ¿y qué?

—Usted debe ser ahora muy viejo...

—Bueno, ¡hum! No soy un pollo como tú. Pero no me siento muy viejo, salvo cuando el tiempo está malo como ahora y no puedo ir a verlos jugar a ustedes.

Mr. Chips se rió en silencio para sí un buen rato.

Después hablaron de otras cosas, de Shropshire, de las escuelas y la vida escolar, de las noticias de los diarios.

—A usted le toca vivir en un tiempo muy difícil, Linford. Ojalá, ¡hum!, que las dificultades se hayan solucionado un poco cuando usted, ¡hum!, asuma sus responsabilidades de hombre. Hay que esperarlo de todos modos... Muy bien.

Y dando unas miradas al reloj, dijo sus palabras sacramentales:

—Siento mucho, ¡hum!, no poder retenerlo más tiempo, pero lo va a llamar la campana. Hasta luego, hijo mío.

Frente a la puerta, un apretón de manos.

—¡Adiós, Mr. Chips!

Chips volvió a sentarse junto al fuego, con el eco de esas palabras que entraban en su pensamiento: «¡Adiós, Mr. Chips!». Un apodo y una broma, pues se hacía creer a los niños nuevos que su apellido era Chips y no Chipping. Recordaba que en la víspera de su matrimonio, Catalina había usado la misma frase, burlándose amablemente de la seriedad que lo revestía entonces. Pensó que nadie lo hallaría serio hoy día, y esto le agradó mucho.

De pronto, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Una debilidad de viejo. Ingenuo, tal vez, pero no podía evitarlo. Se sentía muy cansado. Su conversación con Linford lo había fatigado. En verdad, ya estaba muy viejo, como

había dicho el chico. Pero le alegraba haber hablado con el niño. Un excelente chico. Sería alguien.

La niebla densa dejó pasar nítido el sonido de la campana, que llamaba a los estudios de la tarde. Chips miró por la ventana, que se ponía violácea con los tonos del anochecer. Era la hora de encender la luz. Pero cuando quiso hacerlo, no pudo. Se sentía muy fatigado. Por lo demás, estaba mejor en la penumbra. Se recostó en el sillón. No era ya un pollo, en verdad. Y se había reído cuando Linford lo hallaba tan viejo. Los niños bromistas que lo habían mandado a verlo se habrían estado riendo y esperándolo afuera. Pero él les había devuelto la broma, reteniéndolo bastante tiempo. Y no resultaba broma esperar afuera, con esa niebla transminante...

Cuando despertó —pues parecía haber dormido—, estaba tendido en la cama. Y Merivale estaba allí, mirándolo atentamente y sonriendo.

—Muy bien, viejo zorro. ¿Qué tal? Nos ha hecho usted una buena broma...

Chips murmuró, después de una pausa, con voz que lo extrañó por su debilidad:

—¿Qué hay? ¡Hum! ¿Qué ha pasado?

—Nada. Sólo que ha tenido usted un ligero desvanecimiento. La señora Wickett llegó y lo encontró en su sillón...

—¡Ah! No me di cuenta de nada...

—Pero ya todo pasó y usted está muy bien. Si quiere, duerma otro poco.

La indicación le pareció muy bien. Se sentía tan débil, que ni siquiera se preocupó de los detalles de lo sucedido: cómo lo habían subido por las escaleras hasta su dormitorio, lo que había dicho la señora Wickett... Pero, de pronto, vio al otro lado del lecho a la señora Wickett, sonriendo... «¿Qué diablos está haciendo ella aquí?», pensó. Y luego vio en la penumbra a Cartwright, el nuevo rector. Lo consideraba como nuevo, aunque estaba en Brookfield desde 1919. Y luego vio a Buffles, comúnmente llamado Palmeta. Era curiosa la asamblea que se había reunido en su cuarto. No podía pensar en nada, sin embargo, y el sueño lo dominaba.

Pero no se quedaba dormido ni estaba tampoco en vigilia. Era un estado introspectivo, lleno de sueños, de rostros y de voces. Viejas escenas y antiguas melodías. Un trío de Mozart, que Catalina había tocado una vez, risas y vivas y retumbar de cañones, y, por sobre todo, las campanas de Brookfield, las campanas de Brookfield dominando el conjunto. «Y así, si la señorita Plebeya se quería casar con el señor Patricio..., sí, usted puede hacerlo..., no sea mentiroso...». «¿Es usted Max? ¿Qué me cuenta de su terruño? *O mihi praeteritus...* Ralston dijo que yo era anticuado e incapaz, pero no podían estar sin mí. *Obile heres ago fortibus es in aro.* ¿Puede alguien traducir esto? Es una broma...».

De pronto, oyó que hablaban de él en la pieza. Cartwright le decía al oído a Merivale:

—Es una lástima que haya vivido tan solo el pobre viejo.

Merivale contestó:

—No siempre ha estado solo. Fue casado, sépalo usted.

—¡Ah! ¿Fue casado? Nunca lo había oído decir...

—Ella murió hace mucho tiempo. Algunos treinta años.

—Qué lástima que no le haya dejado ningún hijo.

Al oír esto, Chips abrió los ojos y trató de llamar la atención. Le costaba mucho hablar fuerte, pero trataba de decir algo, y todos se acercaron al lecho. Terminó por hablar:

—¿Qué estaban diciendo de mí recién?

—¡Oh! Nada. Nada que valga la pena. Nos preguntábamos cuándo iba usted a despertar de su hermoso sueño, pues le oíamos algunas palabras...

—Pero yo les oí algo más.

—Nada de importancia, querido Chips. Pensábamos que usted no estará muy a gusto con tantos viejos en su pieza. Acostumbrado a vivir entre los niños...

—Les oí decir que era una lástima que no tuviera hijos..., ¿eh? Y los he tenido. Los tengo...

Los otros lo miraban sonriendo, sin decir nada. Y después de una pausa, Chips comenzó lentamente:

—Sí, ¡hum!, tengo hijos, miles de hijos..., miles de hijos... Y todos niños. Mis hijos no se ponen viejos...

Y principió a cantar en sus oídos el coro de las voces juveniles, más amplio y bello que antes, y mucho más consolador... Pettifer, Pollet, Porson, Potts, Pullman, Purvis, Pym-Wilsof, Radlett, Rapson, Reade, Reaper, Reddy Primus... Vengan, niños; vengan a oír mi última palabra y mi última broma... Harper, Haslett, Hatfield, Hatherley... Mi última broma... ¿La oyeron?... ¿Los hizo reír?... Bone, Boston, Boverly, Bradford, Bradley, Bramhall-Anderson... Dondequiera que vayan, pase lo que pase, estén este momento conmigo..., este último momento..., hijos míos...

Y pronto Chips estaba durmiendo. Parecía tan tranquilo, que no lo molestaron para darle las buenas noches. Pero en la mañana, cuando la campana llamaba para el desayuno, la escuela tuvo la noticia.

—Nunca Brookfield olvidará su bondad —dijo Cartwright en sus palabras al colegio. Lo que era un absurdo, porque todas las cosas se olvidan. Pero Linford, de todos modos, se acordaría de contar su cuento:

—Yo le dije adiós a Mr. Chips la misma noche en que murió...



JAMES HILTON. (1900-1954) fue un escritor británico conocido sobre todo por su obra de ficción de 1933 *Horizontes perdidos*, en la que describía un utópico paraíso tibetano que él denominó «Shangri La», nombre de su invención convertido al poco tiempo en sinónimo de lugar edénico.

Hilton encontró el éxito en la literatura a temprana edad. Su primera novela *Catherine Herself*, fue publicada en 1920. Varios de sus libros fueron bestsellers internacionales e inspiraron exitosas películas, sobre todo *Horizontes perdidos*, novela que había ganado el premio *Hawthornden*, y que fue llevada al cine por Frank Capra. Muy conocida es también otra de sus novelas *Goodbye, Mr. Chips!* de 1934, que cuenta con dos famosas adaptaciones al cine; otra conocida novela de Hilton es *Niebla en el pasado* (*Random harvest*, 1941), adaptada al cine en 1942 por el director Mervyn LeRoy.

Hilton, vivió y trabajó en Hollywood desde mediados de los años treinta y ganó un Oscar en 1942 por el guion de la película *Señora Miniver*, dirigida por Jan Struther.